

Muchachos de Tlachichilco

Niños a la vera del agua



Carlo Antonio Castro

Biblioteca
Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

Biblioteca

MUCHACHOS DE TLACHICHILCO

*

NIÑOS A LA VERA DEL AGUA

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raúl Arias Lovillo
Rector

Porfirio Carrillo Castilla
Secretario Académico

María Antonieta Salvatori Bronca
Secretaria de Administración y Finanzas

Agustín del Moral Tejeda
Director General Editorial

Carlo Antonio Castro

MUCHACHOS DE TLACHICHILCO

*

NIÑOS A LA VERA DEL AGUA

Presentación

Raúl Arias Lovillo



Universidad Veracruzana

Dirección General Editorial

Biblioteca

Xalapa, Ver., México, 2010

Diseño de portada: Lizeth Pedregal

Ilustraciones: Manuel Aguilar Flores

Clasificación LC:	F1221.T39 C37 2010
Clasif. Dewey:	972.019
Autor personal:	Castro, Carlo Antonio.
Título:	Muchachos de Tlachichilco ; Niños a la vera del agua / Carlo Antonio Castro ; presentación, Raúl Arias Lovillo.
Edición:	1a ed.
Pie de imprenta:	Xalapa, Veracruz : Universidad Veracruzana, 2010.
Descripción física:	98 p. : il. ; 21 cm.
Serie:	(Biblioteca)
ISBN:	9786077605843
Materias:	Tepehuas--Vida social y costumbres. Chinantecos--Vida social y costumbres. Tepehuas--Textos. Chinanteco--Textos.
Autores secundarios:	Castro, Carlo Antonio. Niños a la vera del agua. Arias Lovillo, Raúl.

DGBUV 2010/05

Primera edición, febrero de 2010

© Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial
Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz
Apartado postal 97, C. P. 91000
diredit@uv.mx
Tel/fax (228) 818 59 80, 818 13 88

ISBN: 978-607-7605-84-3

Impreso en México
Printed in Mexico

PRESENTACIÓN

Carlo Antonio Castro es una generosa institución al interior de esa noble institución que es la Universidad Veracruzana. Fue en el lejano año de 1958 cuando el autor de *Los hombres verdaderos* ingresó a esta casa de estudios como catedrático. A invitación expresa del entonces rector de esta universidad, el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, Castro se incorporó a la planta docente de la Escuela de Antropología para impartir cursos estrechamente relacionados con dos de sus especialidades y dos de sus grandes pasiones: la etnología y la lingüística. Desde ese lejano 1958 y a lo largo de más de cuarenta años, formó a incontables generaciones de estudiosos sociales a través de innumerables cursos de antropología económica, historia de la lengua castellana, pedagogía social y filosofía del lenguaje.

Pero la labor de Carlo Antonio no se ha limitado a la docencia. Él ha sido, además y de manera destacada, investigador, traductor y creador en el más amplio y profundo sentido de la palabra. También en este terreno ha hecho ex-

traordinarias aportaciones a nuestra cultura literaria. Él formó parte de esa excepcional generación de hombres de letras que dio vida a nuestra Editorial y a nuestra revista emblemática: *La Palabra y el Hombre*. A lo largo de todos estos años, con la generosidad y la solidaridad que le caracterizan, ha seguido acompañando y colaborando con ambos proyectos.

Por lo que hace a su aportación en el terreno editorial, Sergio Galindo nos dejó el siguiente testimonio: “Estos recientes éxitos son el producto de la continuidad de una tarea que [...] se debe a la perseverancia de un grupo en el que Carlo Antonio Castro ocupa un prominente sitio”. Por lo que hace a *La Palabra...*, cualquiera que se dé a la tarea de revisar sus páginas encontrará, a lo largo de todas sus épocas, importantes colaboraciones de este multifacético autor: un ensayo, una traducción, un testimonio, un poema, una historia de vida, una reseña...

El resultado de todos estos años de entrega a la docencia y a la creación constituye una bibliografía verdaderamente impresionante en los campos de la lingüística, la etnografía, la etnología, la literatura, la traducción y la difusión científica. *Narraciones tzeltales de Chiapas, Enero y febrero: ¡Ahijadero!*. *El banquete de los compadres en la Sierra Norte de Puebla* e *Íntima fauna* (prólogo de Ermilo

Abreu Gómez) son, por sólo mencionar tres, algunos de los títulos que Carlo Antonio nos ha entregado. La vigencia de su labor creadora queda de manifiesto, asimismo, en el hecho de que su novela *Los hombres verdaderos* ha sido reeditada e incorporada a nuestra Serie Conmemorativa Sergio Galindo, y de que su traducción del inglés de *España 1937. Memorias* de Lini M. De Vries pronto volverá a estar en circulación bajo nuestro sello editorial.

Siempre he sostenido que la deuda moral que tenemos con las generaciones de universitarios que nos precedieron, y que con su talento y su esfuerzo nos dejaron ese gran legado que hoy en día es la Universidad Veracruzana, es una deuda impagable. Ello no obsta, sin embargo, para que las recordemos y las reconozcamos. Al hacerlo, las honramos y nos ennoblecemos: desde el presente miramos hacia el pasado y hacia el futuro; hacia el pasado para abreviar en el ejemplo, hacia el futuro para planear con bases y sustento.

En más de una ocasión y de diversas maneras hemos reconocido y agradecido la gran aportación intelectual y estética que ha hecho Carlo Antonio Castro. Acaso una de las formas que mejor resume nuestra gratitud frente a su vida, su trayectoria y su obra sea la entrega a su persona del doctorado *Honoris Causa* en el 2004. Y acaso, también, una de las mejores formas en que Carlo Antonio ha ex-

presado, breve pero puntualmente, su larga y fructífera relación con nuestra casa de estudios sea el discurso de aceptación que pronunció en tan memorable fecha, discurso que ha sido recogido en un título de reciente aparición: *65 años de la Universidad Veracruzana. Los doctorados Honoris Causa en la etapa de la autonomía.*

*

Carlo Antonio me ha pedido que presente el título que hoy tienen en sus manos: *Muchachos de Tlachichilco. Niños a la vera del agua.* Le agradezco sincera y sentidamente la gran deferencia que tiene con mi persona.

Tengo para mí que todo auténtico creador termina por generar un mundo único e irreplicable, propio y cercano, íntimo e identificable con él y con nadie más que con él. A lo largo de su obra (breve o extensa, eso no importa), el lector va encontrando una serie de constantes, de lazos, de vasos comunicantes, de diálogos secretos o abiertos entre uno y otro texto. Va encontrando, asimismo, una serie de obsesiones, de filias (¿y por qué no, también de fobias?, así éstas se manifiesten “por exclusión”), de inclinaciones. Va encontrando, en fin, un mundo que se va delineando, clara y nítidamente, por sí solo, a ve-

ces, incluso, *a pesar* de la plena conciencia y los objetivos definidos del propio autor.

Creo que buena parte de lo anteriormente dicho puede retomarse en el momento de hablar de Carlo Antonio Castro y del conjunto de su obra. Ya he señalado –y todos los sabemos– la gran diversidad de inquietudes y búsquedas que singularizan su labor creadora. Lo interesante y lo rico en este caso es la manera como Carlo Antonio ha sabido moldear, dar curso y, sobre todo, interrelacionar todo ese vasto y variado mundo que le obsede.

En sentido estricto, *Muchachos de Tlachichilco...* es una recreación literaria. La historia abre, sin embargo, con una introducción en la que Carlo Antonio delimita los marcos geográficos y sociales de su recreación: “Tierra Colorada [...] contaba con 600 almas. La comunidad de habla mayoritaria era tepehua, [...] idioma afín al totonaca [...] aunque con algunas características muy particulares que comparte [...] con la lengua totonaca de la Sierra Norte de Puebla y, en otros aspectos, con el habla misanteca”. Estamos, pues, ante una aproximación, pero ante una que toma vida en un territorio en el que entra en juego la lengua, la lengua que, para Carlo Antonio (como para muy pocos), constituye un instrumento para conocer al ser humano y, a partir de él, al mundo que lo rodea.

En esa misma introducción, Castro nos alecciona: “En tepehua distinguimos fonemas *fortis* (fuertes) y fonemas *lenis* (tenues). Los *fortis* se oyen plenamente, mientras que los *lenis* [...] son muy suaves, casi inaudibles pero existentes”. Estamos, pues, ante una recreación, pero ante una que, de nueva cuenta, enraiza en una de nuestras herencias culturales más ricas y entrañables: nuestras lenguas originarias, esas lenguas que, a pesar de todo, siguen vivas y presentes gracias, precisamente y entre otras cosas, a la labor sabia y acuciosa de lingüistas como Carlo Antonio.

“Como todavía me consideraba chico –nos dice Juan José, uno de los dos personajes de esta historia–, mi papá no me llevaba a tumbar el monte feo, pues eso era peligroso. De repentito salían víboras en las melgas. Acababa mi papá de desmontar y dejaba que el lakak’abíN se secara. Luego quemaba aquello. Y después pagaba peones para sembrar. Acostumbraba darles de comer: mataba guajolote, sembraban medio día, comían y seguían trabajando. Y por la tarde, otra vez comían. Dicen que así hacían antes los abuelitos, y aseguran que haciéndolo ahora el maíz nace mejor y la cosecha luce más, porque cuando comen los hombres también comen semillas”. ¿Cuántos de nosotros no nos identificamos con este bello pasaje en el que la naturale-

za, el campo, la relación primigenia que el hombre estableció con ambos, los ritos, las costumbres, las creencias y muchas cosas más nos traen recuerdos o imágenes de un mundo que hoy acaso sólo exista en pesquisas como la que, felizmente, Carlo Antonio nos entrega?

A lo que quiero llegar, en otras palabras, es a que en Carlo Antonio confluyen, a un tiempo e independientemente del género en el que incursione, el maestro, el investigador, el creador, el ensayista, y, en otros terrenos, el etnólogo, el lingüista, el antropólogo social, el narrador, el recopilador de testimonios y de literatura oral. Creo que pocos, muy pocos creadores antropológicos, pueden darse este verdadero privilegio de levantar una obra alimentada desde tantas perspectivas y contemplada desde tantas aristas. Y este investigador es –ya lo dije– una institución al interior de nuestra propia institución.

Pero, en fin, no quiero extenderme más. Sólo espero que estas líneas cumplan su función y sirvan de presentación a *Muchachos de Tlachichilco. Niños a la vera del agua*. Su lectura enriquecerá a todo aquel que se asome a sus páginas, de la misma manera como enriquece el catálogo editorial de la Universidad Veracruzana.

Raúl Arias Lovillo

*En memoria de mis hermanos
José Cipriano, Numa Pompilio,
Marco Tulio, Rolando y Alejandro,
compañeros de juegos, cantos y lecturas...*

INTRODUCCIÓN

El municipio de Tlachichilco –uno de los 210 que en 1998 integran el estado de Veracruz– tiene 234 kilómetros cuadrados de territorio. Su cabecera, Tlachichilco, está a 861 metros sobre el nivel del mar. Hace 55 años tenía el municipio 8 500 habitantes. Tierra Colorada, uno de sus asentamientos, contaba con 600 almas. La comunidad de habla mayoritaria era tepehua, es decir, “serrana” o “montañesa” (dueña de los cerros), idioma afín al totonaca, en términos generales, aunque con algunas características muy particulares que comparte, en cierto grado, con la lengua totonaca de la Sierra Norte de Puebla y, en otros aspectos, con el habla misanteca. El gentilicio con el cual conocemos en castellano etnia o idioma deriva del náhuatl.

Tanto en el relato de Juan José como en el de Rosendo, recogidos en 1976, aparecen varios vocablos del *li•masipíhNI* (literalmente, “idioma de los serranos”), que transcribimos aquí conforme a un alfabeto práctico que aprovecha lo más posible de la escritura del castellano. Damos las

letras cuya pronunciación se diferencia de la que tienen en nuestra lengua nacional:

- q es fonema oclusivo posvelar sordo, cuyo punto de articulación es más atrasado que el de la oclusiva velar k.
- h es una aspiración suave, asimilable a la de la j hispanoamericana.
- ' es el saltillo u oclusión glotal, que aparece como fonema singular o afectando a otros, glotalizándolos.
- lh es un fonema lateral sordo aspirado, muy particular de las lenguas totonacas (papan-teca, misanteca, serrana de Puebla, munix-cán, tepehuas de Huehuetla, Hidalgo; Pisaflores, Veracruz; Tlachichilco, Veracruz): Se produce aspirando levemente al pronunciar el fonema [l].
- ts es la oclusiva africada alveolar sorda, equivalente al *digrama* náhuatl *tz* (Azcapotzalco, Atzalan).
- x es la fricativa alveopalatal sorda; tiene la misma pronunciación que en náhuatl (Xola, Xólotl, Xiuhtecuhtli) o en papante-ca (x'a•nat “flor, vainilla”).

En tepehua distinguimos fonemas *fortis* (fuertes) y fonemas *lenis* (tenues): Los *fortis* se oyen plena-

mente, mientras que los *lenis*, que se escriben con mayúsculas, son muy suaves, casi inaudibles pero existentes. Estos fonemas *lenis* son consonánticos o vocálicos. La lenificación puede tenerse incluso en sílaba completa, generalmente final de palabra. Contrastemos: LH es *lenis* / lh es *fortis*.

Indicamos siempre el acento tónico:’.

También la duración vocálica: [a] contrasta con [a•] (más larga, dos moras).

Y ahora escuchemos a nuestros amigos, los muchachos de Tlachichilco.

JUAN JOSÉ: RECUERDOS DE INFANCIA EN TIERRA COLORADA

1

Soy Juan José, uno de tantos jóvenes que han nacido en Tierra Colorada, en el municipio de Tlachichilco, Veracruz. Mi mamá me dio vida hace veinte años y no tuve hermanitos.

De mis primeros días nada recuerdo directamente, pero me cuentan mis padres cómo empecé a caminar. Me dicen que hasta que cumplí un año, ellos me llevaban de la mano, paso a paso. Seis meses más y pude andar por mi cuenta. Entonces me dejaban solito, que me parara derecho. A los dos años cumplidos iba y venía, y hablaba mis pocas palabras de tepehua y salía afuerita de la casa a jugar.

Si unos niños mayores llegaban de visita, yo los desconocía y les pegaba.

—¡No hagas eso! —decía mi mamá—. ¡Son amiguitos tuyos!

—¿Cómo se llaman? —preguntaba yo.



—Beto, Lucas, Dimas... —me contestaba, según los nombres de los que querían jugar conmigo.

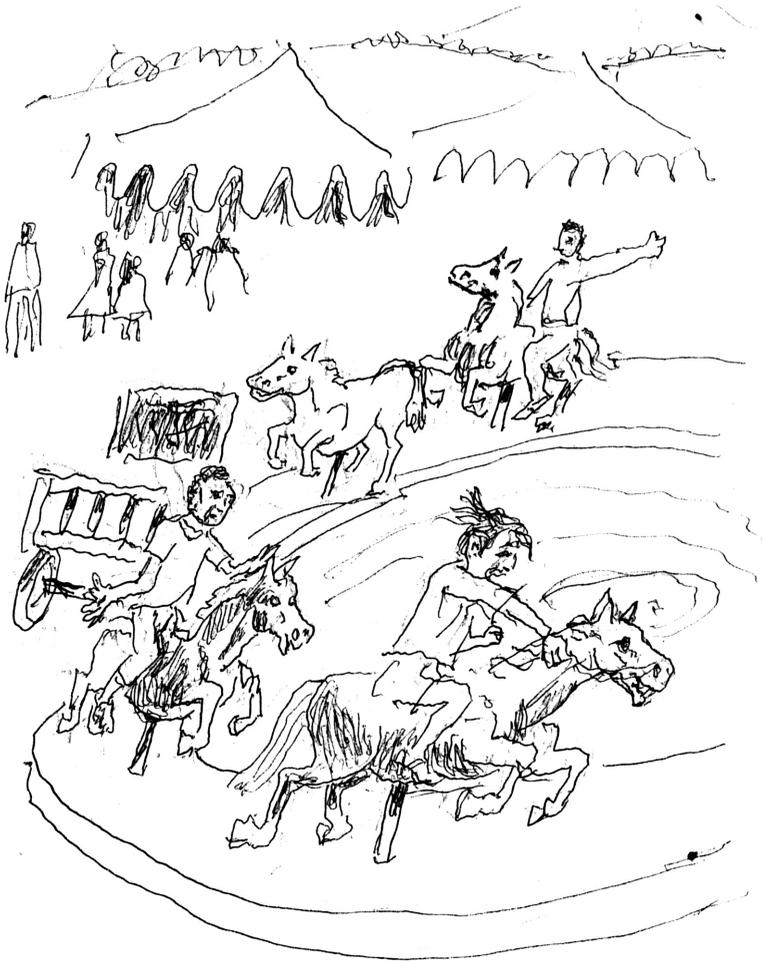
Como a los tres años podía yo hablar mejor y quería que me indicaran las cosas, por ejemplo, el sol, la luna, las estrellas. Y mis padres y los parientes me decían en tepehua aquellos nombres: hulhchá•N, ma•lhkuyú, stá•QUN... Yo los repetía y se me grababan en la lengua y no se me iban ya de la cabeza. En casa de mis tíos oía y entendía bien.

A mi papá le preguntaba de qué color era el cielo, y él me decía que era sta•núH. ¿Y los árboles? Que son xta•káW. Y como a los cuatro años ya hablaba mucho li•ma•sipíhNI' y podía contestar cualquier cosa.

2

Estábamos grandecitos y nos juntábamos más niños a jugar. Los mayores que yo sabían más cosas y más tepehua, las palabras que otras personas usaban en las casas y en las veredas del pueblo. Mi papá iba a traer maíz a la milpa, y yo iba con él y veía cosas desconocidas. Aprendí más nombres y me gustó, por eso, salir al campo desde chiquito, pues la plática aumentaba.

Como mi tío tenía un burro que le prestaba a mi papá, yo andaba al lomo del animalito. A



Wana

veces no quería llevarme mi papá, pues decía que yo no caminaba muy bien, que no podía pasar solo el río, que cuando tenía obligación lo estorbaba, y yo lloraba para que me dejara acompañarlo.

Una vez vimos en un potrero a una vaca que tenía su becerrito, y yo no sabía que las vacas se enojan cuando uno se acerca a su cría. Quería agarrar al becerrito, que empezó a chillar. Vino corriendo la mamá, a ver qué pasaba:

—¡Allá viene la vaca! —me gritó mi papá.

—¡Qué hago ahora?

—¡Ten cuidado, que te va a seguir!

Yo no supe correr, del susto que me dio, pero mi papá espantó a la vaca enojada. De tanto miedo empecé a llorar y me fue peor porque mi papá quería cuartearme con unas ramitas muy delgadas.

3

Durante un tiempo dejé de ir a la milpa. Solamente paseaba por la comunidad de Tierra Colorada. Veía las casas, hechas de madera, embarradas con lodo, techadas con zacate. Algunas sin embarrar, otras se tapaban con hojas. A veces mis amiguitos y yo mirábamos cómo las personas grandes hacían las casas, pero no nos quedábamos



bastante tiempo porque nos entraba la gana de ir al arroyo vecino.

Mi mamá me había prohibido meterme al agua:

—¡No vayas a bañarte porque no sabes nadar y puedes ahogarte!

—Nada más quiero ver las ma•tapíliN, mamacita.

Es que me gustaban las mariposas que volaban cerca de la orilla.

Un sábado, mi papá salió a pescar. Fui con él y caminamos mucho y me entró el calor. Y me dijo que debíamos bañarnos y así me quité la camisa y el calzón, junto al río, y me metí en el agua bajita. Luego empecé a agarrar ma•kapúxaN o *cosoles*, camaroncitos muy sabrosos.

—¡Vamos a una poza honda! —ordenó mi papá.

Lo seguí con mis *cosolitos* envueltos en un trapo. Caminamos un poco más y, de repente, mi papá echó a la poza un *cuete de agua*: ¡Pum! Me quedé sordo.

—¡A juntar pescados! —dijo él.

Y sí cayeron muchos y daba gusto juntarlos porque eran mojarras bien grandes. Acabamos de rejuntarlas y mi papá hizo lumbre y cosió varias chu•níN. Comimos mojarras con sal y esperamos un rato a que nos bajara el alimento. Como a las dos horas nos bañamos otra vez.

Ya estaba con nosotros un tío mío, que empezó a ir encima del agua sin sumirse. Yo no sabía cómo y él trató de enseñarme, pero yo me sumía hasta dentro y tragaba agua y más agua. Me agarró de la cintura y me echó de nuevo, y en eso se pasó la tarde: me soltaba y me decía que me sostuviera solito. Y no aprendí y cogí frío y tuve que sentarme junto al fuego, a la orilla del río.

A los ocho días me dijo mi tío.

—¡Vamos otra vuelta al río!

—Sí, kinkúKU, vamos, ¡quiero aprender a nadar!

Me llevó y me pidió que hiciera aquellos movimientos con las piernas y los brazos; que respirara con cuidado, de lado la cabeza, sin tragar agua.

Tres o cuatro veces más me enseñó y así aprendí a ir encima del agua. Las pocitas... En ellas me aventaba, pero no en las grandes, que me daban miedo porque eran muy oscuras. Sí nadé raramente en ellas, cuando me sentía seguro con mi papá, mi tío o algunos compañeros mayores, pero no siempre...

4

Había fiestas en Tlachichilco. Hartas personas iban, que yo no conocía:

—¿Quiénes son? —pregunté a mi papá.

—Gente que va a la fiesta, hijo. Ellos vienen de otras rancherías. La fiesta de nuestro pueblo principal les atrae por su alegría y allá venden y compran cosas y platican con sus amigos.

—¡Qué bonito lo que usted me dice, tá•ta'!

—Oye, te voy a llevar para que conozcas la *rueda de caballitos*. Ahora tengo unos centavos... ¡Nos vamos a dar unas vueltas!

Y fuimos. Sí me divertí con los huK'I¹ de madera, pero había muchas otras cosas que mirar. Se oían pláticas en la•páqNA, el mentado *castilla*,

¹ hu•K'I es el primitivo nombre del *venado* en tepehua de Tlachichilco (Cfr. con el misanteca hó•KU>ho•K; lorenziano hó•K'I; yecuateca ho•QE; papanteco hu•k'i) pero la denominación, al disminuir la cifra de cérvidos, se extendió recientemente al *caballo*. Cuando es necesario precisar se le llama a•hú•K'I al venado, quizá contracción de a•qhú•K'I* > aqhú•K'I, por referencia indirecta a los cuernos: “hú•K'I de cabeza”. Este fenómeno puede compararse con lo que sucede en tzeltal: el primordial vocablo chij, “venado”, denota, al desaparecer los ciervos, al borrego. Pero en los sitios en que ambas especies se conservan, “borrego” se dice chij, en tanto que “venado” se nombra te'eltik chij, literalmente “chij de ramazón”, pues te' significa “árbol”. En maya de Yucatán, el desaparecido tapir se llamaba tzimín, palabra que hoy indica al caballo, mientras que el análogo vocablo tsemén sigue en tzeltal refiriéndose al tapir, bestezuela que en Chiapas no ha logrado el hombre, afortunadamente, exterminar por completo.

que yo no lograba entender por más que me interesara. Había hartas frutas que yo no conocía entonces, como manzanas, tunas, peras y uvas. Mi papá me decía cómo se llamaban, pero algunas sólo tenían nombre en la •páqNA no en li•ma•sipíhNI'... Así me di cuenta de tanta cosa que no hay en Tierra Colorada, ni cerca del pueblo. Los comerciantes las traen de lejos a vender y sólo hablan en *castilla*.

5

En marzo había otra fiesta en laqa•chaqáN, nuestra cabecera, y yo veía a los niños mayores, de diez a trece años, llevar sus garrochas a Tlachichilco, y no sabía para qué y les preguntaba y únicamente me respondían que así era *el costumbre*. Un sábado le pedí a mi papá que me explicara la cosa.

—Es la fiesta de Semana Santa —me respondió.

—¿Para qué llevan las garrochas?

—¡Vamos a que lo veas!

Y caminamos hacia El Centro, laqa•pulaknáK, como también le llaman a la cabecera. Llegando a Tlachichilco vi a los muchachos de las garrochas, formados en dos filas frente a la iglesia. Dentro estaba el señor kú•raH, diciendo misa. Pregunté a mi papá:

—tá•ta', ¿por qué se forman de ese modo?

—Es que van a sacar a los santitos en una procesión, al terminar la misa.

Y así fue. Apenas acabó el señor kú•raH sacaron a los santitos aquellos, pidiendo paso con una flauta de carrizo y un tamborcito de madera con forro de jabalí. Dieron la vuelta a la iglesia y entraron otra vez y el tá•ta' kú•raH empezó nueva misa.

Cuando dijo la última palabra, los muchachos que llevaban las garrochas regresaron a las casas de los mayordomos, que eran cuatro. Cada mayordomo había matado un puerco y dio de comer a su grupo de garrochistas y otras personas que se acercaron. Comieron carne, chicharrones y tamalitos. Bebieron su café y se quedaron platicando. Ya en la noche, los garrocheros volvieron a la iglesia y sacaron a los santitos.

Estos santitos son dos. Me dijo mi papá que uno es Jesús y el otro es María. La gente piensa que a Jesús lo van a matar en una cruz, que lo matan de verdad, que porque ya está muerto lo meten en una caja. Lo mataron los muchachos de las garrochas, que son lanzas. Y esto se ve en la imagen que tienen en Tlachichilco, con su sangre embarrada en el pecho pues lo han picado con la lanza de madera.

Nos quedamos a dormir con unos amigos. También el domingo llevaron a Jesús en la proce-

sión, pero dijeron que iban a sepultarlo ya muerto. Lo llevan con todo y caja, caminan por el pueblo y vuelven a la iglesia, a mediodía. Y guardan la caja y el padre hace otra misa y se termina la fiesta. Los garrocheros quiebran sus lanzas entre ellos mismos. Terminó la k'a•táH, dicen, y dejan los palos astillados, que los muchachos más pequeños agarran para jugar. Y los grandes se van. Y así conocí la fiesta que hacían en la qa•chaqáN. Así supe cómo era *el costumbre*.

6

Ya era más grandecito, podía hablar más tepehua. Le dije a mi pápá:

—Quiero volver a acompañarlo a la milpa.

—Está bien, veo que ya entiendes, que ya puedes aprender.

Y fui a ayudarle y siempre le preguntaba y le preguntaba:

—Papá, ¿por qué las chiches de las vacas no son como las chiches de la puerca?

—¡Piénsalo, kints'álh!

—...

—Pues porque la puerca cría muchos puerquitos y les da de mamar a todos a un tiempo, mientras que la vaca sólo tiene un becerro para darle su leche. Piensa que los puerquitos son chicos y

maman menos, al paso que el becerro es grande desde que nace y mama mucho, mucho más.

—¡Ah, sí, y la vaca cuida más tiempo a su becerro!

—Así es, kints'álh, porque el becerro, tan grande, tarda más tiempo en agarrar su fuerza. Los puerquitos aprenden pronto a comer maíz y otros alimentos.

Todo eso me enseñaba mi tá•ta'...

7

Mi papá llevó peones a que le ayudaran a sembrar frijol. Entonces me di cuenta de cómo se siembra, a qué distancia: así, treinta centímetros para acá, veinte para allá. Veía los hoyitos que hacían los hombres y cómo echaban los frijolitos, sin taparlos:

—¿Por qué no tapan los frijoles de la siembra? —preguntaba, aprendiendo con las manos.

—Niño, si tapas la semilla... ise ahoga! Así tu papá se quedaría sin sus frijoles.

A los cinco días de la siembra fui con mi tá•ta' a ver la siembra. Me di cuenta de que ya venía para arriba. Como a los tres meses se dio el frijol, y a los tres meses y medio se secó. Mi papá puso un *tetepextle*, un vareador para juntarlo. Eso hay que saber para cosechar el frijol y aprovecharlo.

8

Pasábamos por un arroyo... Con ruido se levantaban palomas y más palomas que me daban miedo. Una vez mi tío mató una tukunú' y entonces la vi de cerca: el pico, las alas, la cola, las plumas. La vi como era... Así eran las otras. Y ya no les tuve miedo a las palomas.

Las chuparrosas también me daban miedo porque se sientan en una rama y desde su sitio chiflan como un cristiano. Cuentan los abuelitos que no es bueno matar a la chuparrosa, pues se trata de un dios. No hace daño a las frutas, no más besa a las flores, las huele... Si por desgracia mata uno a la chuparrosa, hay que sacarle la lengua sin romperle el pico. Si no se le quita, te acusa con el dios; y entonces, si el que la mató es un joven, cuando se case y tenga niños, no más se le morirán uno tras otro como castigo por el daño. Ningún viejo mata chuparrosa porque es un pájaro encantado.

9

Como todavía me consideraba chico, mi papá no me llevaba a tumbar el monte feo, pues eso era peligroso. De repentito salían víboras en las melgas.

Acababa mi papá de desmontar y dejaba que el lakak'abíN se secara. Luego quemaba aquello. Y después pagaba peones para sembrar. Acostumbraba darles de comer: mataba guajolote, sembraban medio día, comían y seguían trabajando. Y por la tarde, otra vez comían. Dicen que así hacían antes los abuelitos, y aseguran que haciéndolo ahora el maíz nace mejor y la cosecha luce más, porque cuando comen los hombres también comen las semillas.

A los cuatro meses de la siembra, o a los cinco, veía personas que ya tenían elotes. Esta gente hacía la fiesta: el baile de los elotes. Veo que corren a traer los tiernos táqT'AN y por la noche hacen su baile. Hay música de cuerda y unos campesinos danzan con los elotes ante el altar. Han puesto otros táqT'AN a cocer. Como a la una de la madrugada, todo el que se acerca a la fiesta comienza a comer elotes. Allá por las cuatro de la mañana matan tahní', guajolote macho, pero antes le sacan la sangre del ala izquierda y le quitan tres plumas de cada ala. Esas seis plumas se las ponen a los principales elotes bailadores, los más hermosos, y los untan de sangre para que también coman, y luego, a eso de las ocho, les ponen comida en el altar, comida para los elotes, y como a las nueve invitan a los señores que fueron por los táqT'AN a

la milpa, en primer lugar, y a quienes han estado en la fiesta, a que compartan el mole de guajolote y a tomar aguardiente.

10

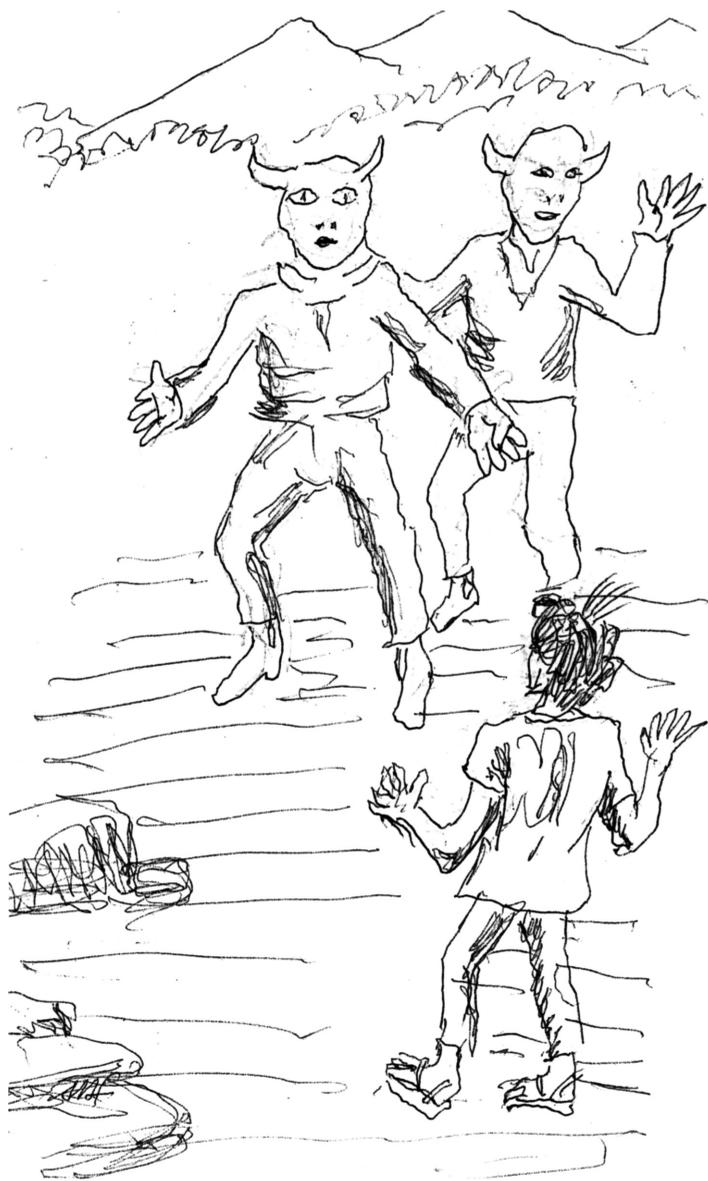
Y también en Tierra Colorada me di cuenta de la fiesta de Carnaval, que vi del 28 de febrero al primero de marzo, y el 28 era un sábado.

Por la mañana llegó una música, que yo no conocía qué cosa era. Pregunté y me dijeron que era la banda. A eso de las ocho o nueve salieron unos hombres vestidos con máscaras, bien tapados, que yo no sabía si eran vecinos o no, y me dio mucho miedo. Y el domingo salieron más. Y uno estaba vestido como esqueleto, y le nombraban li•níN, la muerte. Y agarraban a los niños y los empujaban con los pies para arriba y no los dejaban. Y los niños lloraban y chillaban y procuraban esconderse. Al que cogían, lo hacían bailar de cabeza y sólo mareado lo soltaban, borracho ya. Esos hombres se fueron por la tarde pero el lunes aparecieron otra vez. Salieron muchos por la mañana y mataron cuatro puercos.

Con miedo hablé con ellos:

—Tata, ¿por qué matan cochinos?

—Porque somos *capitanes*. Nos toca dar de comer a los jóvenes que juegan con nosotros.



—¿De dónde son ustedes, *capitanes*?

—¡Somos de laqñíN!

Del infierno, decían que eran. Y a los que se vestían de muerte les llamaban en secreto *xaliní'*. Unos estaban vestidos de *mo•qxnú'*, diablos cornudos y de colas bien largas. Y también había los que se decían *damas*, que corrían detrás de uno: te agarraban y te daban de mamar.

Yo no conocía a las personas vestidas así, pues no tenían cara y hablaban en *castilla* muchas cosas. No distinguía sus palabras. Pregunté en *li•ma•sipíhNI'*, la lengua de la•qachaqáN, a un enmascarado:

—¿De dónde vienen ustedes?

—A ver, ¿de dónde somos? —me contestó en *tepehua*.

—¡Tú eres de aquí, de Tierra Colorada! —le dije—. ¡Parecías enojado al hablar en la•páqNA! ¿Por qué gritabas?

—¡Porque estamos en el Carnaval, muchacho preguntón!

Una *dama* se acercaba rápidamente. Corrí lo más que pude...

11

Otro costumbre es la fiesta de Todos Santos. Aquí es en octubre, a fines del mes. Unos hacen tamales

y otros matan puercos, guajolotes y pollos. Ponen ofrendas en los altares. Cuelgan muñecos de pan.

Los difuntos vienen el 29 de octubre. El 28 arreglan las ofrendas y la pulhkixán•TI: el *tempasúchil* o *cempasúchill*.² Al anochecer salen los niños a visitar las casas, diciendo que ellos son los difuntos. Piden su regalo de lo que haya: pan, plátanos, tamales, refrescos, café. El casero les da lo que lleva gusto. Los verdaderos difuntos llegan el 29 a visitar los altares. Les da gusto la comida arreglada. Y el 30 aparecen los más viejos hombres, que van a la parranda, que pasan de casa en casa. Unos, los que saben tocar, sa•náN, llevan sus guitarras, y en cada casa tocan dos o tres veces, hasta más, y pasan a otra, y en cada una les preguntan si van a tomar el aguardiente revuelto con la *cola*, o si quieren tolóqnuTI puro, el bueno, lo que los viejos digan. Y así andan en la parranda toda la noche y el día 31 se acaba la fiesta de Todos Santos.

Entonces, los señores que tienen compadres van a visitarlos. Y les llevan tamales, refrescos,

² *Tagetes erecta* o flor de muertos, de la que nos hemos ocupado en otros lugares. Parece que la pronunciación *tempasúchil* por *cempasúchil* constituye una variación libre de nuestro informante.

cervezas y pilón. Otros cargan café en polvo o un gran guajolote. Allá va el papá con su hijo para que el compadre vea al ahijado y se tome un trago con el señor.

Mi padrino me daba dulces, que compraba lejos. Me repetía cuentos de los pueblos mayores, abajeños.

12

A la edad de seis años me inscribió mi papá en la escuela de Tierra Colorada. Yo no quería ir porque les tenía miedo a los niños más grandes que llegaron. Me iban a dejar pero yo me regresaaba llorando, pues el maestro les hablaba fuerte a los demás muchachitos. Temía que me pegara. Además, no entendía lo que nos decía porque todo lo hablaba en la•páqNA.

Eso pasó durante la primera semana. Luego me mandó mi papá con los hijos de mi tío, mis primos, para que no me sintiera solo. Iba con ellos pero me salía del salón, cansado del banquillo. Tomaba el camino de mi casa...

Terminé hallándome con los demás, pues jugaban pelota y eso me gustó. Me aguantaba hasta el fin de las clases. El profesor nos repartió libros. Yo no sabía qué hacer con el mío. Pero el pro•sór nos enseñó las letras para for-

mar palabras que al principio no entendía. Nos obligaba a leer en *castilla*. Algunos niños hablaban la•páqNA y jugando y peleando con ellos, durante seis meses, pude aprender bastantes cosas nuevas del otro idioma. En el libro encontré nombres de animales. No sólo nombres, sino que conocí animales increíbles. Aprendí a contar los números y a formarlos.

Pasado un año, me pusieron en segundo. Tuve miedo por lo difícil que me parecía, pero a los tres meses me acostumbré y ya contestaba a la persona que me hablaba en castellano, y leía mejor, entendiendo algo. Antes me escondía de los que platicaban en la•páqNA. Ya no lo hacía. Pasó el tiempo y terminé el tercer año.

Entonces tuve que estudiar el cuarto en Tlachichilco. Otra vez pasé miedo pues no sabía cómo se portaban los muchachos del centro. No les hablaba sino cuando ellos me decían algo primero. Ya después platicábamos y jugábamos a las canicas, y nos fuimos haciendo amigos.

Yo no me quedaba en laqa•chaqÁN sino que todos los días iba a la cabecera, asistía a clases y volvía a Tierra Colorada. Tenía que caminar media hora pasadita para ir de mi casa a la Primaria Cuauhtémoc, y a veces llovía y hacía un frío insoportable. A mi papá no le gustaba que yo faltara a las lecciones.

Cuando había que saludar a la bandera hacía el camino más temprano, quizás, al presentirse la lluvia, desde las cuatro de la mañana: levantarme, arreglarme, tomar café, apurarme para llegar a tiempo. El campo estaba oscuro y cada paso me daba miedo andar sin nadie más por el camino lodoso, hasta que me juntaba con algún compañerito igual que yo. Así empecé a aprender las cosas, en Tierra Colorada y en Tlachichilco.

ROSENDO

Nací en la comunidad de Tierra Colorada, municipio de Tlachichilco, Veracruz, el 20 de octubre de 1955. Soy de la región montañosa de Chicon-tepec, donde el campesino trabaja incasablemente y conserva el aire limpio y el cariño del paisaje.

Mi papá es el señor José Dimas; mi mamá es la señora Josefina Canales. A los dos años de mi edad me enseñaban a hablar *la* idioma tepehua: como yo era pequeñito, aunque mi madre me repetía muchas cosas, algunas se me olvidaban... pero ya iba entendiendo cuanto decían los demás.

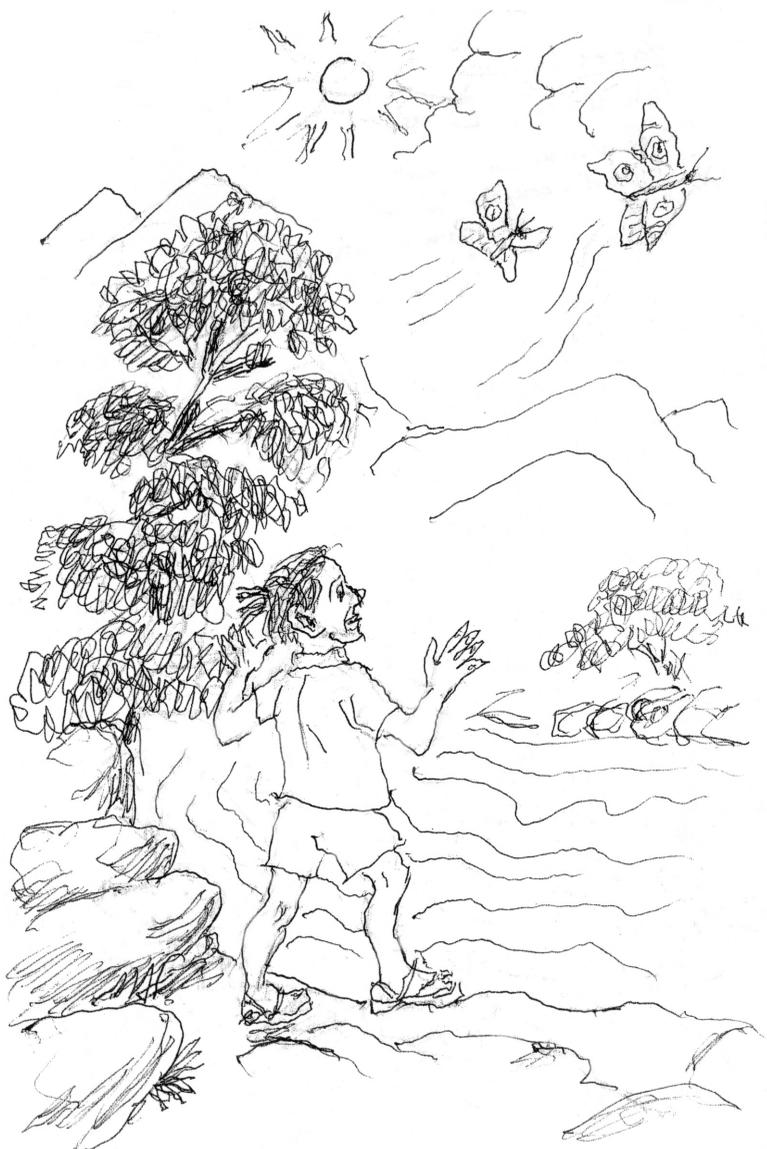
Por entonces empecé a caminar bien y luego me juntaba con su hijo de mi tío, Pablo de nombre, que estaba más grandecito y podía hablar mejor, y así platicábamos, y él me enseñaba más palabras. Pero, a veces, impaciente porque yo no las decía igual, me pegaba:

—¡Habla sin tartamudear, Rosendo, o te doy otro!

—¡A ver, repite!

—¿El golpe o la palabra?

—...



Entretanto, mi hermanito menor crecía y yo hablaba con él, y remedaba lo que pronunciaba mal, y se corregía, y a mí me pasaba lo mismo con el primo. Y salíamos a pasear, y no solamente oíamos a nuestros familiares sino también a la gente que conversaba en tepehua. Mi hermanito nació dos años después que yo, aprendió a andar rápidamente, al año y medio, y jugábamos alrededor de la casa. Luego, no paseábamos muy lejos porque mi mamá nos engañaba:

—¡No vayan al monte, porque les va a salir un maqtelí’!

—¡Un *tigre!*³

—Sí, un maqtelí’... ¡Y se los va a comer!

Claro está que por miedo correteábamos únicamente por el caserío vecino, nosotros, los tres parientes chicos: mi primo, mi hermanito y yo. Como mi papá tenía nuestra casa en la orilla del pueblito, nunca salíamos con otros niños. Las casas de mi tío paterno y de mis padres estaban cercanas. Cuando los muchachitos del centro venían a vernos, por casualidad, y queríamos acompañarlos, mi mamá nos mentía otra vez:

—¡No vayan! ¡Allá anda un perro rabioso que los va a morder!

³ Jaguar (*Panthera onca*), casi extinto en la región.

—¡Es que queremos ver la tukunú' de Martín Rendón!

—¿Por una paloma van a sufrir? No más que muera el x'o• rabioso pueden ir a verla...

Pero el perro seguía con la enfermedad.

2

Teníamos también un tío joven, hermano menor de nuestro padre, que creció en la misma casa en que vivíamos: él nos llevaba a pasear por las tardes, cuando regresaba de cuidar la ku•xtú•N, la milpa. Se llamaba Esteban y nos hablaba de otros familiares nuestros, a quienes después visitábamos, y no sólo conocíamos el pueblito sino también a los parientes, talaqauní•N, los hermanos, y a los amigos, kiláQA, los compañeros, a la comunidad, latat'úN, una comunidad que se parece a las demás de los ma•sipíhNI', que habla la lengua li•ma•sipíhNI'. Una vez que me enteré de lo que era Tierra Colorada, latat'úN, me decidí a escondidas de mis padres, a recorrerla solo, por mi cuenta, y conocerla de rincón en rincón.

En ocasiones, tío Esteban me llevaba al río. Se trataba de los domingos, pues no trabajaba en esos días. La primera vez me impresionó el agua corriente: veía innumerables pescaditos dentro, que se asomaban a la orilla; y mi tío aga-

rró acamayas para que luego las comiéramos; y después se bañó, mientras yo lo esperaba, y al acabar de hacerlo me dijo que me quitara la camisa, y entonces me bañó, cuidándome, en las frescas aguas; y así tuve la experiencia del la•xka•N inolvidable, río al que volvimos en muchas ocasiones.

Y me di cuenta de los montes lakak'abíN, los cerros a•spáHUN, las peñas tálhpaN, la serranía a•spahuníN... Y pude ver a los animales: xa•x'o• la zorra, sásaN el zorrillo, mú•xNI el mico, a•hú•K'I el venado, sqá•TA a•hú•K'I el temazate, sta•H la ardilla, y los bichitos como ma•tapílhI la mariposa, tsílaQA el chapulín, á•mix el ciempiés...

—¿Por qué el cacomiztle se llama así, smáhaN?

—¡Ah! ¿No lo ves? Porque en la milpa, o en el camino, *se sienta a hacer la cruz*: él espanta lo malo, él máqsbaN. Pero también, si se persigna ante una familia enferma, eso dice que no se aliviará; o si no está enferma, señala que algo va a pasar...

—¡Mejor sería que no encontráramos un smáhaN!

—¡Cómo no! Es que son tan lindos, con su peluda cola de siete anillos...

Como pasábamos cerca de los potreros conocí las vacas, los toros, las terneras. Y vi a los bue-

yes háloqnu', el que barbecha, hách'itni', el que muele la caña, descansando en las veredas, masticando hierbas sin cesar. No gozaban de tuqú•bákax, la vaca, que solamente retozaba con xaxapéH bákax, el toro, para la reproducción: luqutuníN bákax, el becerro, era el premio del campesino. Todo esto me decía mi tío Esteban. Y me informaba de las cosas del campo.

3

Mi papá acostumbraba ir a Tlachichilco, laqa•chaqáN, también llamado el Centro, laqapulaknáN, que a los niños nos parecía muy distante; y visitaba también ciudades de nombre difícil, en *castilla*, montones de casas, calles, tiendas y mercados. Un día volvió contentísimo de un viaje.

—¡Miren lo que traje!

—¿Qué, querido tá•ta'?

Nos mostró una caja negra, cuadrada, no muy ancha, con una varilla plateada que se sumía o se alargaba al gusto.

—¡Es un *radio*, así lo llaman en lengua la•páqNA!

—¡*Layo!*

—¡*Radio!*

—¿Para qué sirve?



—Para oír música y escuchar lejanas pláticas en la•páqNA...

—¡No lo creemos!

Y mi tá•ta' hizo que el radio de pilas tocara y cantara una canción, interrumpida por anuncios, anuncios, anuncios, según supimos más tarde; y moviéndole la ruedita, otra canción y anuncios, anuncios, anuncios, anuncios de Veracruz, anuncios de Poza Rica, anuncios de Jalapa, como todavía siguen anunciando, aunque entonces, como no entendíamos la•páqNA, nos interesaban esos sonidos por la novedad. Ahora me aburren: demasiadas palabras y pocas canciones: “¡Compre esto! ¡Compre aquello! ¡Barato!”...

¡Sí, cómo no!

—Papá, ¿por qué no pone la música?

Los domingos llevábamos el radio a pasear por el pueblito, con mi tío Esteban, visitando las casas, y a la gente le gustaba oír las canciones. Cuando venían los anuncios, protestaban:

—¡Muévanle el *botoncito*!

4

Por los días de Carnaval me llevaba mi tío a ver a los *viejos*, a los disfrazados. A mí me daba miedo y lloraba, al principio, pues nunca había

estado cerca de ellos, ni recuerdo que antes los hubiera visto de lejos. Así me fui dando cuenta de cómo era aquella fiesta. El Carnaval lo hacen así, comenzando el sábado y terminando el miércoles: cuatro días y uno más, el día de la ceniza. Proponen a cuatro capitanes y cuatro policías para que se encarguen de la fiesta. Los primeros se ocupan de la comida para todos los que asisten, y hay otros dos capitanes que consiguen el púlhKI y lo ofrecen. Los policías hacen los mandados: van a traer el aguardiente y compran *cuetes* para tronarlos, y acarrean las mesas para la merienda que se hace en la Escuela; y van por la leña que se necesita; o sea que auxilian a los capitanes encargados del Carnaval.

En el cuarto día, el martes, cumplido el compromiso con la comunidad, la autoridad da las gracias a estas personas; y los viejos, los disfrazados, cuelgan de lado a lado, de árbol a árbol, o de poste a poste, una larga reata, no muy alta, de la que pende un gallo vivo. Matan al púyux con un palo, como si se tratara de una piñata, para que el gallo absorba todas las enfermedades de la fiesta, lo que no estuvo bien, los pleitos, las envidias, los gritos, y que nada de esto quede en el pueblo.

También hacía la comunidad la fiesta de mayo. Proponía a dos padrinos y dos mayordo-

mos. El mayordomo primero hacía entrega de la Cruz al padrino: a partir de ese día quedaban compadres. Y lo mismo hacía el mayordomo segundo con el otro padrino. Ya se respetan entonces. Así, compadres, pintan al principio la Cruz y luego la llevan a la lakatáhtaN, iglesia de Tlachichilco, para que la *bautice* el kú•raH; y así, bendita, la traen de vuelta a la comunidad. Bajo los arcos que han puesto, floridos, hacen entrega de la Cruz: Se saludan y se guindan pan del pescuezo los padrinos, o se lo ponen a ellos otras personas; y se reparten galletas, refrescos, cacahuates, dulces, estos caramelos principalmente entre los niños. El cacahuate lo avientan hacia arriba y los muchachos lo atrapan en el aire, o lo cogen cuando cae al laqa•t'ú•N. El *padrino primero* pasa con la Cruz al interior de la Escuela, acompañado por la hasá•nTI de cuerda, violín y guitarra: se tocan las alabanzas y comienza la fiesta, cuatro días, del primero al cuatro de mayo.

En la Escuela han preparado el li•báY, *mole* para la merienda. Hacían enramadas para que el calor no les pegara tan fuerte a las señoras que se ocupaban de la comida y echaban ts'a•lúQU, tortilla sabrosa, todavía el dos y el tres de mayo, en que seguía el li•báY para la gente del pueblo. El día cuatro lo más importante

es que proponen mayordomos para el siguiente mayo. Al aceptarlos, van a dejar la Cruz a su sitio... Y los *diputados* nuevos la cuidan entonces y la visten con cempasúchiles en cada fecha festiva, hasta llegar la verdadera k'a•táH de mayo.

5

Alegría de latat'úN es el baile de los elotes. El dueño de la milpa iba a buscar cempasúchiles al monte; recogía muchísimas y, de regreso en su casa, hacía *rollitos* de tres florcitas con palmillas del cerro, arreglándolos con cuidado. Me gustaba ver esos ramilletes amarillos y rojizos, y quería tocarlos, jugar con ellos, pues eran muchos, “¡Mírame!” decían, amontonados en la mesita de mi casa, o en otra choza vecina:

—iché•nTU, no toques los ramilletes de pulh-kixá•nTI!

—¡Quiero uno!

—¡No! ¡Son para la tierra! Mira, cómete uno de los pu•láqHI...

Y yo, comiéndome el tamal, me consolaba de no jugar con los ramilletes de cempasúchil.

Antes de que amaneciera iba la gente a la milpa, llevando los rollitos, pues ya se veían los elotes y había que dar gracias, y adornar el

campo y alimentar a la tierra. Así, ofrecían esos regalos por los elotes que iban a cortar, y además llevaban pan y refrescos para ponerlos en medio de la milpa, sea en una mesa o en el suelo, y también aguardiente. Y al amanecer, con Luna y Sol, con ma•lhkuyú' y hulhchá•N, regaban la tierra con el aguardiente y los refrescos, y enterraban los panes que habían cargado, y esto lo hacían con seriedad y alegría.

Y después cortaban los táqT'AN: primero doce elotes, de cuatro en cuatro. Había que *vestir* a cada táqT'A principal. Los traían a casa y les ofrecían comida, el calor del alimento. Pasaba el día. Por la noche, con las flores frescas, vestían a los elotes para hat'ín•TI, el baile. Y entonces permitían a los niños que bailaran con los táqT'AN, cada uno con un táqT'A, igual que la gente mayor, con la música de cuerdas, hasá•nTI byolíN... Y mientras bailábamos el son, cerca de la lumbre, amarrado de patas, descansando en una mesa o debajo de ella, un guajolote grande nos miraba.

Amaneciendo, a eso de las cuatro de la madrugada, un anciano tomaba con cuidado el t'ahní': le picaba el ala izquierda con una astilla muy fina y recogía la sangre, de recio chorrito, en una jícara. Miraba y olía, decía algo que no recuerdo y vertía poco a poco en los doce elotes, uno por uno, colocados en la mesa, aquella

qálhNA que, según mi padre, unía a malhkuyú' con la milpa, la tierra, para la cosecha. Siempre debía ser la sangre de un guajolote macho, t'áhní', no de una hembra, aqsnáTI, pues las *conas* son de sangre débil.

Nuevamente amarraban al guajolote. Lo dejaban descansar un rato, junto a la mesa de los elotes enrojecidos. Después lo mataban para hacer hala'pxínTI, un *mole* especial que estaba listo a buena mañana. Esta comida se ponía en la mesa de los elotes durante media hora; después se repartía entre quienes habían ido a traer los táqT'AN, y así acababa esta fiesta que se repetía en varias casas.

6

En el tiempo de la siembra también se hacía una fiesta. Iban hombres y mujeres al campo, a cortar cempasúchiles. Hacían ramilletes de tres florecitas, amarrados con hoja de maíz, que llevaban a la tierra donde sembrarían, limpia ya, para adornarla y que le gustara al anciano malhkuyú'. Y comenzaban a tocar los sones por la tarde y seguían así hasta que amanecía.

Entonces iban a sembrar k'ísP'A, maíz, trabajando el día entero, con hulhchá•N en su camino del cielo, hasta la tarde, en que regresaban a sus

chozas, y quienes habían ayudado encontraban el *mole* que los dueños del terreno habían preparado para que comieran, pues se ayudaban unos a otros en la siembra.



Y así, conforme crecía, me iba dando cuenta de *los* costumbres. Había unos curanderos que se ocupaban de los enfermos que iban a verlos. Le llamábamos *kuchu•nú'* a cada uno de ellos. Empleaban el *pu•N*, *copal* o *cupal*, para ver en qué parte se *había caído* la persona enferma, niño o mayor, y así darse cuenta de qué la había dañado: el humo

del *cupal* (incienso) señalaba la dirección, el lado de la dolencia, y cuando ya lo sabían preparaban las cosas que le darían a t'u•N, la tierra, para que dejara en paz al espíritu del enfermo. El espíritu es la vida: ts'ukú•nTI es ts'ukú•nTI. Le llevaban a t'u•N tabaco, huevo, un *puño* de cal y *semerio* (sahumerio), o sea el pu•N. Enterraban estos principios en el sitio donde se había caído el enfermo. Y así sanaba, pues la tierra devuelve lo que se le pide, devuelve ts'ukú•nTI.

Cuando un curandero kuchunú' muere dicen que alguien más fuerte le ha matado su li•ts'ukunú o *tona*. La persona que sabe hacer este daño tiene el li•ts'ukunú' *tigre* o *león*,⁴ los animales más peligrosos. Supe esto porque mi qe•pa•ná' abuelo, hablaba con mis padres y tíos de estas cosas, y yo escuchaba lo que decía del manchado maqtelí' y de su hermano amarillo, amigos del chaba•ná, brujo malo, y del laqapala•ná', brujo poderoso, capaces de llevar al hombre a li•níN, la muerte.

Y supe de otros animales temibles. El páhpa' o qástulh, tecolote de mal agüero, entró una vez a la casa donde vivíamos: Tuvimos que matarlo a garrotazos, de puro miedo; después lo quemamos,

⁴ Es decir puma, extinto, sobreviviente en la tradición.

no sin antes sacarle la lengua para que no contara, en el *infierno*, quiénes lo habían atacado,⁵ y evitar así el castigo a la hora de la propia muerte.

Me enteré de las cosas de xta'N, el tlacuache, pues en cierta ocasión alumbramos uno grande, *sentado* en el palo donde se quedaban los pollos, y lo matamos con piedra. Dijo la mamá de mi tío que lo comeríamos y nos explicó que la carne de eso xta'N evita que la espalda duela al escarbar o hacer otros trabajos; a las personas que acostumbran comer tlacuache nunca les duele la cintura al agacharse, y su grasa es remedio para los moretones y los sufrimientos de los golpes. Existen mujeres que lo comieron cuando chiquillas y cuentan que no sienten el castigo de sus maridos, aguantan muy bien, no se quejan.

7

Alcancé mi edad escolar. Entonces llegó un nuevo maestro, a quien le daban de comer en mi casa. Me dijo mi papá:

⁵ Al estudiar la historia vital de otro muchacho, Juan José, me enteré de que si uno mata un chuparrosa o colibrí debe despojarlo de la lengua para que no lo denuncie a la deidad. De no hacerlo “nuestros hijos nacerían muertos o morirían poco después de nacidos”. Tal sería el castigo.

—Hijo, creo que vas a ir a la Escuela porque ya estás grandecito...

—Papá, no quiero ir: ¡el maestro me da miedo!

—¿Por qué dices eso? El pro•sór te enseñará a pu'te'ninkáN y ts'ochnunkáN, leer y escribir, para que no seas como yo, que no sé hacerlo ya que no hubo pro•sór en mi tiempo.

—¡No quiero ir a la skwé•la!

—Tengo que inscribirte... ¡Tú sabes si vas o no!

Mi tá•ta' me inscribió. Aunque el maestro daba sus clases, yo no iba a escucharlas. Se perdieron tres días en eso de li'tálaN, tener miedo. Un amiguito con el que yo jugaba a menudo sí asistía.

Me vino a ver a mi casa:

—Oye, ché•nTU, ¿por qué no atiendes la Escuela?

—¡Le tengo temor al profesor!

—¡Es bueno y enseña bien!

—Puede ser, pero también les temo a los muchachos más grandes, que pueden pegar de repente...

—Mira, ché•nTU, el maestro no es malo ni son abusivos los compañeros. Mañana voy a pasar por ti para que vayamos juntos...

— Bueno, si vienes por mí iré contigo.

Y así lo hicimos. Nos sentamos juntos. Cuando se me acercó el pro•sór me sobresalté, pero en adelante fui perdiendo el miedo, y ya me daba mucho gusto asistir a las lecciones. Me hice amigo de todos los alumnos y estudiamos con interés.

A veces, el que nos enseñaba a escribir, leer y contar nos pedía ayuda:

—Bueno muchachos, ahora vayan a traerme unos tercios de leña –nos decía en la•páqNA, el idioma de los que regañan en voz alta,⁶ que nosotros aprendíamos diariamente con él, en la clase de *idioma nacional* y en las demás, y siempre que nos hablaba—. ¡Los traen a mi casa lo más pronto posible!

—¡Sí, pro•sór!

Y corríamos a cortar leña, jugando alegremente. Al volver, cada quien entregaba lo que había conseguido, y nos quedábamos un rato hablando en *cuatrapeado* la•páqNA, la *castilla*, con el maestro.

⁶ la•páqNA, nombre de la lengua castellana en tepehua, deriva del verbo paqnáN, “regañar, hablar en voz alta, tronar, echar cohetes”: es un buen índice de las actitudes de españoles y mestizos en sus relaciones con los tepehuas. En este campo semántico, el trueno papaní, el viejo, también se denomina laq-pahná’, “el que retumba”.

Luego nos retirábamos haciendo bromas en li•ma•sipíhNI, la *tepehua*.



8

Un año después de que entré a la Escuela, ya le entendía bien a las letras; leía sílaba por sílaba. El profesor me decía que yo pasaría a segundo grado.

Faltaba un poco para que terminara el ch'atíN escolar cuando comencé a enfermar-

me... Empeoré y no pude seguir asistiendo a las clases. No me alivié y el segundo año comenzó, pasó y no fui un solo día a la Escuela.

Primero me *pegó* el sarampión, después me siguió otra enfermedad. Los curanderos me hacían *limpias* sin resultado, ya que no podían sacarme del cuerpo las brujerías que tenía. Pasó el tiempo y yo estaba acabado, y mis familiares *enflacaban* de tristeza. Sólo les quedaba esperar que yo muriera; mi papá había comprado materiales que se emplearían en mi pu•táqnuN, tumba.

Sucedió que la mamá de mi tío sabía hablar li•ts'oóN, idioma otomí. Un día en que salió rumbo a Tlachichilco a hacer mandados encontró, en Los Llanos, a un curandero ts'oóN, otomí.⁷ Le dijo en li•ts'oóN, para que le entendiera sin dudas:

—Oye, compadre, lo que tengo que explicarte: Tu compadre José Dimas te pide que vayas a su casa, en Tierra Colorada, pues ya mero se le muere un hijo, al que le pasa esto y esto... Él piensa que tú puedes curarlo, pues son famosos por su fuerza y resultados los curanderos ts'oonúN...

⁷ La denominación tepehua del nombre otomí, ts'oóN, procede de ts'o', "pájaro", aludiendo a la costumbre otomiana de atrapar aves. El plural es ts'oonúN, "otomíes" u "otomites".

—Estoy enterado, comadre, y si mi compadre José lo dice y mandó razón, pasará a verlo.

Se despidieron: la señora siguió hacia la-ka'chaqáN y el otomí tomó el camino de nuestra casa.

Me examinó seriamente y consideró que yo estaba grave:

—El niño está embrujado: creo que no va a aguantar que le saque lo que tiene dentro, pues está muy débil.

—¡Hazle la lucha, compadre! —respondió mi mamá—. Si se muere, *ni modo...*

—Voy a tratar de curarlo, pero no después vayan a echarme la culpa de que yo lo maté.

—¡En eso quedamos, compadre!

Primero me puso en el pescuezo, pues la comida ya no me pasaba, ajo y aguardiente: luego me chupó fuertemente por aquí (*se señala el cuello*), por acá (*el pecho*), por aquí (*la nuca*). ¡Y me sacó del daño! Me quedé como muerto un cuarto de hora. Entonces, ¡empecé a abrir los ojos! Dijo el curandero otomí:

—Ya no lloren, ya volvió a vivir... Lo que se le había atorado era un trozo de ts'á'an, caña de milpa.

Y mi madre me preguntó:

—Hijo mío, ¿me conoces? Dime, ¿sabes quién soy?

—¡Eres mi mamá! ¡Ay, quiero ver la caña!

Atajó el curandero:

—¡Imposible, si la ves no te curas, muchacho!

Y antes de que yo y los demás cometiéramos una imprudencia, se acercó al fuego y quemó el trozo de ts'á'aN hasta que se convirtió en cenizas.

Explicó el curandero:

—Fue una señora la que le hizo el daño, una chaba'ná, bruja mala, como dicen ustedes. Le hizo la chabánTI, brujería, por que che•nTU le mató de susto a un *cona* al cortar mangos cerca de su choza.



Y mis padres le dieron precisamente una *totolita* por mi curación, una guajolota muy bonita. Y comieron con el otomí, alegremente, un *mole* sabroso y amistoso. Y yo fui reponiéndome poco a poco, pues estaba en las puras costillas. Y había quedado torpe: las letras aprendidas se me habían olvidado.

9

Cuando volví a entrar a la Escuela tenía nueve años de edad. En algunos días más aprendí otra vez a leer y escribir. Al ch'atín siguiente pasé a segundo de Primaria. Y en mi propia comunidad terminé el tercero.

También aprendí a nadar un poco, pues a la salida de clases nos íbamos al río mis compañeros y yo. Uno de ellos braceaba a través del agua corriente y nos enseñaba. En cierta tarde estuvo a punto de ahogarse uno de los alumnos y nos asustamos tanto que ya no volvimos a bañarnos en esa parte del río, y únicamente nos mojábamos en la orilla.

A los once años de edad terminé el tercero de la Escuela Comunal de Tierra Colorada. Y tuve entonces que hacer diariamente un esfuerzo mayor para continuar del cuarto año al sexto en la Escuela de Tlachichilco. Desayunaba al ama-

necer, mi mamá me envolvía la merienda y yo cogía camino hacia la cabecera. Atendía las clases y regresaba por la tarde, a eso de las cinco y media o las seis.

A veces me agarraba el agua en el camino, crecían los arroyos y hacía un frío peligroso. Como íbamos juntos tres muchachos de Tierra Colorada no nos daba miedo, en aquel tiempo, *andar solos...* Al tocarnos alguna fiesta patria teníamos que asistir temprano, por ejemplo, a la Ceremonia de la Bandera, de modo que salíamos hacia Tlachichilco a las cuatro de la mañanita para llegar a buena hora. Y así sucedió durante tres años, hasta terminar la Primaria.

De ahí estuve trabajando con mi papá en el campo. Mi hermano, él y yo sembrábamos maíz, frijol, café y otros granos. El producto lo guardábamos para consumirlo durante el transcurso del año, y lo que sobraba lo vendíamos para comprar cosas útiles que nos hacían falta.

Un año entero estuve aprendiendo las labores de la tierra. Como mi tá•ta' estaba tramitando asuntos agrarios, se enteró, estando en Jalapa, la capital de Veracruz, que yo no conocía, de que en Banderilla, población vecina, había una Posta Zootécnica que ofrecía un curso de tres meses sobre el cuidado y la crianza de animales

domésticos. Hizo las averiguaciones necesarias y me propuso que estudiara ese asunto:

—¡Eso te servirá de base para tu vida!

Acepté. Una nueva experiencia ampliaría mis conocimientos y me permitiría también ahondar en la *castilla*, la difícil lengua la •páqNA. Dejaría de ser un muchacho para ser un hombre joven...

NIÑOS A LA VERA DEL AGUA
(ACERCAMIENTO
A LA NIÑEZ CHINANTECA)

*A Gonzalo Aguirre Beltrán (1908-1996),
médico y antropólogo,
en el centenario de su nacimiento*

1

La Cuenca del Papaloapan, en la República Mexicana, abarca una extensión de 45 540 kilómetros cuadrados, que se distribuyen entre los estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz. Trátase de una región anfractuosa, donde el paisaje produce las más contrastantes sorpresas: enormes montañas, como el Citlaltépetl, de 5 745 metros de elevación, o el Cempoaltépetl, cuya altura es de 5 320 metros, o el Cerro Pelón, tan misterioso; así como profundos barrancos, serpenteantes foces y tierras llanas que comprenden cerca de 15 mil kilómetros cuadrados. Esta extensión acogía, en la década de los años cincuenta del siglo veinte, a un millón doscientos mil habitantes, en

números redondos, de los cuales seiscientos mil vivían en la entidad veracruzana, trescientos sesenta mil en la porción oaxaqueña y doscientos cuarenta mil en la que pertenece a Puebla.

La variedad climática de la Cuenca del Papaloapan es notable, yendo de los ambientes cálidos extremos hasta los intensamente fríos. Si en tierras cuicatecas encontramos mucha sequedad, en la Chinantla la precipitación pluvial es tan alta que configura la selva lluviosa. Entre los enormes ríos que fecundan la tierra tenemos el Grande, conocido por Alto Papaloapan, el Salado, el Santo Domingo, el Valle Nacional, el Tonto, el Obispo, el Tesechoacán, el San Juan Evangelista y el Blanco, cuyas arrolladoras corrientes constituyen inagotable fuente de poderío y riqueza, en parte regida por las presas actuales.

En la porción de la Cuenca que pertenece al estado de Oaxaca, muy relacionada con la del estado de Veracruz económica y demográficamente, integrada por 22 478 kilómetros cuadrados, habitan importantes grupos étnicos –mazatecas, chinantecas, zapotecas serranos, cuicatecas, mijes y popolucas– muchísimas de cuyas comunidades desenvolvían su existencia en las márgenes de los gigantescos cursos fluviales de la Cuenca y de otros ríos menores, que zurcen la comarca.

Así, el río Valle Nacional atraviesa la suave pendiente del valle del mismo nombre, pasa por el homónimo poblado, antaño famoso por el campo de concentración porfirista; sigue adelante y llega al pueblo chinanteco de Chiltepec, separándolo de las tierras ejidales de El Fortín; avanza todavía libremente y viene a unir sus aguas, un poco antes de Tuxtepec, con las más caudalosas que forman el Papaloapan, que cuentan también con el raudal verde de Usila.

2

Chiltepec, comunidad cuyo nombre significa “en el cerro del chile”, metafóricamente “cerro caliente o rojo”, tenía entonces 2 300 habitantes, y en 1953 se comunicaba con Tuxtepec, centro regional de 20 mil almas, mediante una carretera en construcción, primer tramo de la vía que atravesaría la Sierra rumbo a Oaxaca. En Chiltepec los idiomas empleados son el chinanteco, que habla más del 90 por ciento de la población lugareña, y la lengua nacional. Puede sostenerse que en aquellos días Chiltepec ofrecía un modelo alentador de bilingüismo: Sin mengua del atractivo idioma ancestral, tonal y de extraordinario interés para la ciencia, el chinanteco se expresa también en el castellano regional, con rapidez,

gusto y versatilidad. Preserva así la incomparable herencia de sus antepasados americanos a la vez que cuenta con el vehículo glótico que lo asimila a la desbordante comunidad nacional e internacional de habla hispanoamericana.

Hoy nos interesa estudiar algunas de las pautas que el niño chinanteco de Chiltepec seguía en aquel tiempo durante el proceso de endoculturación y socialización, es decir, a lo largo de la continua toma de conciencia de su condición de miembro de su propia etnia. Me ocuparé, pues, de la educación informal, es decir, de comunidad.

Mis datos se refieren a la cultura india, con diversos elementos de transculturación y transición tal como se presentaba entre 1940, por referencias, y 1953, por estudio de campo. La apertura de la carretera, al principio camino vecinal; la construcción del puente que salva el río Valle Nacional y la prolongación de la vía hacia el interior de la zona habrán actuado como catalizadores del cambio, dados los complejos procesos económicos y sociales que obras de tal naturaleza desencadenan. Quedaría pendiente un examen detenido de las transformaciones provocadas por las obras de la Cuenca del Papaloapan en su conjunto, desde aquel tiempo hasta finales del siglo veinte. Mis referencias se limitan a la niñez de Chiltepec y Usila, comunidad que hace su vida en

una de las márgenes del río Verde. Debo confesar que escasos asentamientos indios me han producido una impresión parangonable con la que me dejó este centro chinanteco de mil quinientos habitantes. En efecto, Usila era, en los años cincuenta, una bellísima aldea encajonada entre la corriente fluvial y el Cerro Casa, abrigador y dadivoso de sombra, aunque, al mismo tiempo, obstáculo para una escapatoria rápida de avenidas e inundaciones, posibles aunque raras. La flora lugareña es llamativa: las jacarandas forman, al deshojarse, suaves alfombras moradas en sus calles y solares.

La descripción de instantes de la vida cotidiana de los pequeños chinantecos de Chiltepec y de Usila, teniendo como fondo a la comunidad, nos permitirá asomarnos a la vida de estos niños a la vera del agua.

3

Imaginemos una choza de paredes de caña o de jonote: Los carrizos reciben el nombre de otates y el mejor jonote es el llamado “real”, liviano y resistente al mismo tiempo. La estructura de la cabaña está formada por gruesos troncos, uno en cada esquina del cuadrángulo de la planta, vigas, “tijeras” y soleras que se apoyan entre sí para

sostener el techo de paja o zacate seco, en cuya construcción intervienen muchos de los miembros de la comunidad, usuarios de la ayuda recíproca, constituyendo aquel trabajo de la techumbre un importante acontecimiento puesto que, además de cumplir con una de las instituciones de la cultura chinanteca, tórnase propicio a las relaciones personales y al intercambio de noticias, así como al discreto cortejo de la novia, si ésta es una de las mujeres invitadas a ayudar al ama doméstica a moler el maíz, *moldear* las hermosas tortillas chinantecas, preparar la comida con la que ha de compensarse, durante las jornadas que toma el levantamiento del techo, a los hombres que prestan o “dan” su mano.

En el seno de morada tal, nace el niño chinanteca. El abrazo amoroso de sus padres se realiza en ese tipo de habitación, siendo su lecho la hamaca que se cuelga por la noche, o el petate que entonces se extiende y de día queda enrollado en una esquina, o, a las veces, una sencilla camita o camastro de otates más endebles que los de la pared, o una tarima de tablones.

La mujer se encarga de múltiples tareas cotidianas: barre la tierra apisonada del interior de la choza, muele el maíz, hace desde muy temprano la comida para que el marido pueda ir satisfecho a la sementera, recoge o troza leña en las

cercanías o donde sea posible, cuida de los niños más pequeños con el auxilio de la hija mayor, vigila y proporciona alimento a las aves de corral y los cerditos, va con el cántaro al río o manantial por agua, lava la ropa del núcleo familiar con amole o jabón en la corriente vecina, hace las compras absolutamente necesarias o trueca algunas cosas, envía a sus pequeños a la escuelita local, lleva al mediodía a la milpa la pitanza de su compañero e hijos mayores... Este cúmulo de quehaceres absorbe plenamente su tiempo y, si se trata de una usileña, todavía habrá de encontrar y aprovechar los instantes oportunos para tejer, tal vez bajo la dirección de una sabia anciana, un huipil, corriente o de lujo, en cuya elaboración podrá gastar de tres a cuatro meses; y, si es chiltepecana puede ser que realice, en un momento dado, breve viaje a Tuxtepec, por ésta u otra razón comercial, de cortesía o, raramente, religiosa. La embarazada no cesa en la mayor parte de sus deberes y ejercicios.

En esta región de poderosos ríos, la futura madre siente la compañía del agua, elemento que, según veremos, influirá en la vida del ser que lleva en su seno. Tanto es así que a los usileños se les aplica el mote de “camarones” (ta² en chinanteca), indicador de sus avezadas características natatorias y alimenticias, ya que



desde pequeños se familiarizan con la vial potencia. A los habitantes de Chiltepec no se les da un apodo en relación con su río, pero, aunque no tan hábiles como los “camarones”, poseen la experiencia siempre creciente de sus lides piscatorias y de nadadores, pues ya desde niños exploran la corriente del río Valle Nacional y se adueñan de sus particularidades. El trecho que les corresponde es, en verdad, espléndido.

Puede decirse que durante el proceso de socialización del niño, en el transcurso de su aprendizaje de las normas higiénicas, que en Chiltepec y en Usila se interpretan como pautas de limpieza y apariencia, se condiciona su plena aceptación del medio ecológico, conforme a los propios valores culturales chinantecas, en lo que respecta al río lugareño: en efecto, desde muy pequeño lleva la madre al niño, consigo, al sitio donde acostumbra lavar; así mientras ella desempeña su oficio y platica con amigas y vecinas, intercambiando noticias inmediatas y mediatas, el infante se familiariza con el acuático curso. La madre lo restriega con rústico jabón o amole, lo baña e inicia en la natación. Más tarde, por sí solo o en compañía de amiguitos suyos, lúdicamente perfecciona el muchacho sus movimientos y se sumerge como un pez. A la altura de Chiltepec, el río Valle Nacional tiene

un fluir manso en época de secas (no así, ¡cuidado!, durante las lluvias), en tanto que el río de Usila lo posee, sin mostrarlo a la vista, rápido y avasallador en virtud, sin duda, de su mayor pendiente, cauce estrecho al nivel del pueblo y volumen más amplio de aguas afluentes. El niño usileño tiene la ventaja, si es lícito expresarlo así, de que ha de luchar tempranamente para dominar la fuerza del líquido elemento, forcejeo que, de suyo, acarrea su perfección de nadador. En Usila hay, entre otras, una técnica especial de nado que consiste en ejecutar con ambos muslos principalmente, si bien con los miembros inferiores en su conjunto, movimientos que semejan los de una dinámica rana, al tiempo en que, con los pulmones henchidos de aire, los brazos actúan sólo como estabilizadores. Resulta característica de la natación usileña la serie de “tumbos” que los nadadores “revientan”. Las muchachas prefieren nadar así cuando, en busca de la provisión de agua, se dirigen hacia el centro de la corriente para llenar sus “bules” o calabazos, considerando que el vital líquido es más limpio en medio del río.

Los niños de Usila gozan de un flujo que ha erosionado, resquebrajado y limado, dada su potencia, las rocas de las orillas; en las ninfas y los remansos, debajo de las lajas, se oculta la

minúscula fauna crustácea, los camarones que suscitan la predilección y la alegría de un “caldo de playa”. Tarea cotidiana del pequeño pescador que explora es la pesquisa de estos animalitos. Reúne con sus compañeros numerosas ristras de acociles, abriéndoles tenue agujero a la mitad del abdomen, por el que pasa delgado cordel. La búsqueda no es tan sólo diurna; los niños mayorcitos acompañan, en ocasiones, a la gente grande, en la pesca nocturna, con linterna.

Volvamos a Chiltepec. Aquí el muchacho, que goza de temprana independencia relativa, se dirige al río en grupos de tres o cuatro integrantes. A la vera del agua imita a los mayores en sus actividades piscatorias. Si el niño usileño es camaronero en esencia, el de Chiltepec es pescador, bautizado en las ondas del Valle Nacional.

He aquí a cuatro compañeros: Juan Antonio, Primitivo, Lázaro y Tereso. Ninguno de ellos tiene más de once años de edad: parlotean en chinanteco, felices, discutiendo, comentando los eventos de la pesca. Visten calzón y camisa de manta, van descalzos, llevan sus anzuelos y *dardos* así como una red cuyo tamaño no puede apreciarse con seguridad a primera vista. Si fueran un poco mayores o los acompañara un joven hecho y derecho llevarían también un arpón tridente.

El grupo hace alto junto a la orilla: lo que a nosotros nos pareció una red resulta ahora ser una larga reata y un conjunto de delgadas cuerdas. Primitivo toma un extremo del lazo y se echa al agua, comenzando a nadar hacia la margen opuesta, trecho de no menos de cuarenta metros. La reata se va desenvolviendo y pronto la vemos extenderse de una a otra ribera, puesto que Juan Antonio y Lázaro, que a su vez se lanzaron al río, han terminado la obra y se ocupan de fijar, dejando un metro de espacio entre cada uno, los anzuelos correspondientes a las cuerdas que cuelgan de la reata maestra, poniéndoles, así mismo, a cada uno, su cebo. Estos niños han procedido hábilmente, moviéndose con precisión. Quince anzuelos guardan, en estos momentos, a que piquen otras tantas presas.

Un muchacho de diez años, más o menos, pescador solitario de aguas arriba, logra atrapar con anzuelo, cedazo y arponcito tres roncadores, cuatro bobos, dos picagujas, tres robalos de diez kilos, cuatro guabinas y cinco lisas.

4

La señora Tiburcia, madre de siete hijos, entre ellos el diestro Juan Antonio, tiene mucha práctica en el empleo de *engaños* para contentar a los

menores. Así, cuando se trata de adormecer al más pequeño, toca rítmica y prolongadamente un caparazón de tortuga, recuerdo del quelonio cuyos congéneres hacen de los rebordes fluviales su morada. Tiburcia, la ejecutante, flaca y serena, sostiene dicha coraza, invertida, manteniéndola contra el suelo con los dedos gordos de sus pies, apoyándolos con firmeza a cada lado del esternón del reptil. Con palitos de madera apropiada, dura en extremo, hace repercutir la caja de resonancia. Busca un efecto soporífero, sedante: el niño acaba entregándose al sueño.

Tiburcia nos informa que durante su propia niñez tal arrullo no se conocía, asegurándonos que data apenas de cuarenta o cincuenta años atrás. Fue gente del interior de la Chinantla quien enseñó en Chiltepec el empleo del kwa¹ ju²mo³⁻¹ a los vecinos. Los varones dominaron el instrumento natural y en la comunidad se conservan varios expertos, capaces de sugerir imágenes musicales.

A los hijitos desobedientes o mohínos se les *engaña* con flores, cuyo juego les divierte y calma; a veces, dice, “según nuestra pobreza”, se les regala un avioncito o camión diminuto, “que son como los de la carretera” procedentes de Tuxtepec, en premio de buen comportamiento, ya que la dádiva cumple una promesa de recom-

pensa para los niños que “no hagan el mal”. Cabe señalar que ello constituye una costumbre chiltepecana, tanto de las familias *castellanas* como de las chinantecas. A la par de tal proceder tenemos que señalar el abuso de los regaños, puesto que cualquier actitud que los infantes adoptan y que parece inadecuada a los mayores, es susceptible, aun ante extraños, de reprimenda y castigo. Se considera que con una paliza pueden pararse en seco diversas manifestaciones de insubordinación del chico con respecto a sus progenitores.

La conducta de los padres chiltepecanos contrasta con el comportamiento de los progenitores usileños. Cito de una obra que publicamos en 1973:

En general, se observa una gran paciencia de los padres con los niños para disciplinarlos e inculcarles buena conducta. Pocas veces se les castiga físicamente, y a menudo se les guía con el ejemplo; en contadas ocasiones los niños reciben regaños. Para enseñarles los nombres de los objetos, una madre le dice a su hijo, por ejemplo, en su propio idioma:

—Tráeme esa horqueta.

El niño busca entre el montón de leña que le ha indicado la madre; pero no distingue cuál es la “horqueta”; así que, tomando el leño, pregunta:

—¿Este palo?

La madre, entonces, le señala el leño que desea. Así el niño se da cuenta, objetivamente, de qué es lo que recibe el nombre de “horqueta”. Cuando un menor se aleja de su madre y no la obedece, ésta lo asusta, diciéndole:

—No te vayas, porque allá anda un señor muy grande... (o tal vez: ‘¡Viene un gato!’) [...].⁸

Volvamos a Chiltepec. Doña Tiburcia Hernández teoriza y expresa que a los niños habría que dejarlos hacer lo que desearan durante los dos primeros años de su vida, corrigiéndolos suavemente al manifestar ciertas propensiones irregulares. Por ello, la tendencia exagerada a jugar con la mano en la boca se moderará retirándole al bebé la una de la otra, con suave firmeza, una y otra vez; si persiste en su manía, habrá que amarrarle con bejuco el brazo correspondiente. Critica a los padres que les enchilan los dedos como remedio. Con esas medidas, buenas y no tanto, se previene la deformación de labios y dientes, así como el hábito de chupar continuamente, por cierto peligroso puesto que los niños pueden tra-

⁸ R. J. Weitlaner y C. A. Castro: *Usila, morada de colibríes*, Serie Científica, 11, vol. VII de la colección Papeles de la Chinantla, Museo Nacional de Antropología, México, 23 de marzo de 1973.

garse, al jugar con ellas en su boca, conchas o piedrecillas.

A veces los mayorcitos, viendo que la madre da de mamar al chiquitín, molestan demasiado exigiendo igual trato. Algunas mamás acceden y no es raro que un niño de cuatro a cinco años tome el seno requerido, pero los daños físicos, fisiológicos y psicológicos derivados de tal práctica son evidentes. El modo de evitar la insistencia es pegarle fuertemente al caprichoso. “Cosa que no me gusta”, observa la señora Tiburcia.

Una vez que el niño nace se le “enseña a comer”, dándole a chupar aceite y miel de “colmena” (abeja) durante los dos iniciales días de existencia. A partir del segundo, el bebé goza del pecho materno. “A los niños no se les debe dar fruta mientras están mamando”, añade la informante en referencia al lapso de lactancia, que, con las apuntadas salvedades, abarca, en condiciones normales, un año y medio. Al destetado se le comienza a dar pedacitos de fruta, preferiblemente plátano y mango. Si la progenitora queda nuevamente embarazada durante la lactancia, ha de suplirse su leche por la de vaca, no sin renuencia. Cuando la mamá padece de insuficiencia láctea, prepara para el recién nacido atole de harina de arroz o echa mano de la comercial Maizena. En el caso de emplearse la “bote-

lla” (mamila), se le retira a la criatura hacia su año y medio. El chico entonces se torna ansioso y llorón durante un tiempo, mismo que a la postre supera ya que el hambre lo obliga a acomodarse a la nueva situación. “No siempre se le debe dar de comer a la fuerza”, agrega la experta chiltepecana.

A medida que el niño crece se acostumbra, con relativa rapidez, a comer lo mismo que sus hermanos mayores y los adultos; y, lo que es deseable para los chinantecas de Chiltepec, “en un solo lugar”, esto es, en la mesita, castigándosele cuando toma su porción y se sale al patio a ingerirla, “malacostumbrado”.

5

El niño chinanteca duerme en estera, hamaca o lecho de otates, al igual que sus padres; de muy pequeño descansa en una suerte de cuna, cajón adaptado, que pende de una de las soleras del techo hogareño. Tanto en Usila como en Chiltepec es común el dispositivo. En el fondo del colgante cajón-cuna se coloca un petatito y sobre éste trapos que, con su camisita, abrigarán al diminuto ocupante.

La madre arrulla al bebé con canciones. En Chiltepec se decía que hubo un cantor, apodado

el *Chuparro* por su apreciable actividad, que componía graciosas letras y melodías que las mamás repetían a sus niños. No pude rescatar ninguna, aunque sí escuché a dos señoras tararear lejanos y quizá reinterpretados fragmentos atribuidos al desaparecido creador popular. En cambio, pudimos escuchar y anotar una canción usileña de cuna que ofrecemos aquí nuevamente:

—‘aì ka hu ‘yein kya nya nya
‘aì ka hu ‘yein kya nya nya
—‘ya kwà láu kà hu ‘yein kyà nya nya
prrr brr prrr rrr rrr prrr prrr

—‘aì kà hu ‘yein réu nya nya
‘aì ka hu ‘yein réu nya nya
—‘ya tei nyaun ka hu ‘ye réu nya nya

Oigamos la canción en castellano:

—¿Quién le pegó a mi hijito?
¿Quién le pegó a mi hijito?
—¡El pito fue de la Navidad!
¡Prr prrr prrr prrr prrr prrr prrr prrr!
¡Prr prrr prrr prrr prrr prrr prrr prrr!

—¿Quién pegó a mi hermanito?
¿Quién pegó a mi hermanito?

—¡Fue el gato quien le pegó!
¡Prr prrr prrr prrr prrr prrr prrr prrr!
¡Prr prrr prrr prrr prrr prrr prrr prrr!

Nótese en la primera estrofa un elemento adquirido durante el proceso de transculturación: la referencia a la Navidad. En la segunda, el “gato” parece haber tomado el lugar de otro felino más agresivo, el jaguar, ser que se conserva en una canción de cuna que recogí en Misantla, en la desaparecida lengua misanteca. He aquí mi traducción de su letra:

—¿Quién
asustó a mi
niñita?

—¡Quiere
raptarla el
jaguar viejo!

—¿Quién
asustó a mi
niñito?

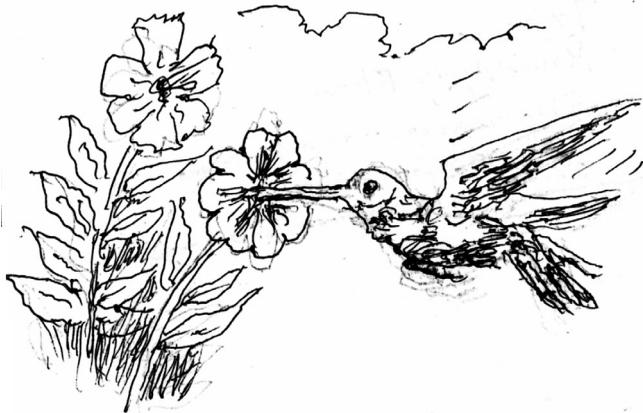
—¡Quiere
raptarlo una
jaguar!

—ítu'
makaní'lh
ki'n
tuku?kán?

—itan u'
skalé'n
papá't nísí'n!

—ítu'
makaní'lh
kikts'ún
ki'oksa'?

—itan
u'skalé'n
taqó'T nísí'n!



OBRA PUBLICADA DEL AUTOR

Libros de lingüística

- 1955 *¡Hablemos en Tzeltal!*, tres cuadernos, Instituto Nacional Indigenista, Centro Tzeltal-Tzotzil, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.
- 1956 *Guía de castellanización oral para tzotziles*, INI, Centro Tzeltal-Tzotzil, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, mimeógrafo.
- 1956 *Guía de castellanización oral para tzeltales*, INI, Centro Tzeltal-Tzotzil, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, mimeógrafo.
- 1957 *Cuentos populares tzeltales*, recopilación y traducción, Centro Tzeltal-Tzotzil, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas.
- 1957-1958 *El tzeltal hablado*, basado en *¡Hablemos en Tzeltal!* y otras obras de Castro, transliteración y notas de Norman McQuown, Universidad de Chicago, Illinois.
- 1965 *Narraciones tzeltales de Chiapas*, Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, núm. 27, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz.
- 1986 *Sk'oplal te Mejikolum (La Palabra de México)*, colección facsimilar del periódico mensual fundado por Carlo Antonio Castro, Secretaría de Educación y Cultura de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez.
- 2003 *Libro de Nuestro Abuelo Tlacuatzin. Semántica del Tlacuache*, ilustraciones de Manuel Aguilar Flores, S y G Editores, Coyoacán, México.

Libros de etnografía y etnología

- 1954 *Mayultianguis y Tlacoatzintepec*, vol. I, Papeles de la Chinantla, Serie Científica, núm. 3, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (en colaboración con Roberto J. Weitlaner).
- 1973 *Usila, morada de colibríes*, vol. VII, Papeles de la Chinantla, Serie Científica, núm. 11, INAH, México (en colaboración con Roberto J. Weitlaner).
- 1980 *Siluetas mexicanas*, Editorial Amate, Xalapa, Veracruz.
- 1986 *Enero y febrero: ¡Ahijadero! El banquete de lo compadres en la Sierra Norte de Puebla*, Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz.
- 1995 *Atzalan: Voces entre las aguas*, Instituto Veracruzano de Cultura, Xalapa, Veracruz.
- 1996 *Ts'ílael: En busca de la brujería verdadera*, Ritos, Magias y Hechicerías, núm. 4, Instituto Veracruzano de Cultura, Xalapa, Veracruz.
- 1996 *Jilotepec: Décimas y sextas de El Pueblito*, Instituto Veracruzano de Cultura y H. Ayuntamiento de Xalapa (en colaboración con Francisco Salmerón T.), Xalapa, Veracruz.
- 1996 *Lupe, la de Altotonga*, Ediciones Cultura de Veracruz, Xalapa, Veracruz.
- 1998 *La sombra de los negros cimarrones*, Ritos, Magias y Hechicerías, Instituto Veracruzano de Cultura, Xalapa, Veracruz.
- 2000 *Recuerdo de Calixta Guiteras Holmes (1905-1988)*, Ediciones de Cultura de Veracruz, Xalapa, Veracruz, febrero.
- 2002 *Jalapa: Años treinta y cuarenta del siglo veinte*, Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz.

Libro de turismo

- 1968 *La Ruta de las Flores*, vol. 1, Cuadernos Turísticos, Editora del Gobierno del Estado, Xalapa, Veracruz.

Libros de creación literaria

- 1959 y 1983 *Los hombres verdaderos*, Ficción, núm. 7, Universidad Veracruzana (segunda edición con prólogos de Sergio Galindo y Roberto Williams García; “Una novela de recreación antropológica”).
- 1960 *Jaguars (a poem on the Nahual)*, Editorial Tlilan Tlapallan, México.
- 1962 *Íntima fauna*, Ficción, núm. 49, Universidad Veracruzana (prólogo de Ermilo Abreu Gómez).
- 1962 *Tímido Ulises*, Panorámica Poética Luso-Hispánica, vol. 18, Lisboa, Portugal.
- 1965 *Letras*, Ediciones del Puente, núm. 1, Xalapa, Veracruz.
- 1983 y 1992 *Flor de antigua poesía japonesa (Kokinshū, siglo X)*, transliteración, traducción y selección de Castro y Norimitsu Tsubura, Universidad Veracruzana, primera edición de 1983, número monográfico de *La Palabra y el Hombre*; segunda edición de 1992, Ficción.
- 1996 *Crepúsculo azulado*, antología poética de María Francisca Ruvira, prólogo y edición de Carlo Antonio Castro, Contra Viento y Marea, Instituto Veracruzano de Cultura, Xalapa, Veracruz.
- 1998 *Agustí Bartra (1908-1982): Poeta esencial, recreador de mitos*, Cuadernos del Baluarte, Instituto Veracruzano de Cultura, Xalapa, Veracruz.

2001 *Máscara invisible (sonetos inesperados)*, Atarazanas, Instituto Veracruzano de Cultura. Edición Conmemorativa de la Primera Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil, Xalapa, Veracruz.

Libros traducidos por el autor (selección)

- 1955 *Himno Nacional Mexicano (K'ayojil ta Spamal Sk'in al Mejikolum)*, Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, traducción al tzeltal.
- 1958 Maurice T. Van Hecke, *Los trabajadores migratorios en la agricultura norteamericana*, PATM, vol. X, 1-2, México (en colaboración con José Cipriano Castro), traducción del inglés.
- 1962 y 1985 George M. Foster, *Cultura y Conquista: La herencia española de América*, Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, núm. 14, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, traducción del inglés; segunda edición, 1985.
- 1963 José dos Santos Marques, *Quiero se libre para amar*, col. Alrededor de la Mesa, Bilbao, España, traducción del portugués.
- 1965 y 2009 Lini M. de Vries, *España 1937. Memorias, Ficción*, núm. 66, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, traducción del holando-inglés; segunda edición, 2009, Ficción.
- 1965-1966 y 1986 Calixtla Guiteras Holmes, *Los peligros del alma: Visión del mundo de un tzotzil*, Fondo de Cultura Económica, México, segunda edición, 1986, y varias ediciones en La Habana, Cuba, traducido del inglés, con notas tzotziles de Castro.
- 1966 Joseph Sommers, *Francisco Rojas González: Exponente literario del nacionalismo mexicano*, Cuader-

nos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, núm. 36, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, traducción del inglés.

Antologías y libros colectivos (selección)

- 1974 *Homenaje a Gonzalo Aguirre Beltrán*, Universidad Veracruzana e Instituto Indigenista Interamericano, tomos 2 y 3, México.
- 1985 *Diagnóstico Académico*, Comisión de Diagnóstico de la Universidad Veracruzana (asesores de la Rectoría: C. A. Castro, Héctor Mancisidor Ahúja y Francisco Morosini Cordero).
- 1986 *Aportaciones indias a la educación*, antología preparada por Gerardo López y Sergio Velasco, Biblioteca Pedagógica, SEP y Ediciones del Caballito, México.
- 1991 *Veracruz, dos siglos de poesía (siglos XIX y XX)*, selección, prólogo y notas de Esther Hernández Palacios y Ángel José Fernández, vol. II, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Letras de la República, México.
- 1996 *Gonzalo Aguirre Beltrán. Homenaje Nacional*, Universidad Veracruzana, Xalapa.
- 1996 *Homenaje a Ricardo Pozas Arciniega*, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas, coordinadores: Víctor Manuel Esponda Jimeno y Verónica M. Alarcón Estrada, México.
- 1998 *Voces diversas (antología de ensayo veracruzano)*, t. I, compilador: Carlos Manuel Cruz Meza, Secretaría de Educación y Cultura de Veracruz, Xalapa.
- 1998 *Los nombres de México*, compilado por Ignacio Guzmán Betancourt, Secretaría de Relaciones Exteriores / Miguel Ángel Porrúa, México.

2008 *Selección de ensayos y poemas de José Luis Melgarejo Vivanco*, comentarios de Mario Navarrete Hernández, Gilberto Bermúdez Gorrochotegui, Raúl Hernández Viveros y Carlo Antonio Castro, Secretaría de Educación de Veracruz, Xalapa.

Artículos científicos y de difusión

1952-2003 Alrededor de 333, publicados en *Tlatoani*, revista de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia; *Yan*, revista de investigaciones antropológicas; *Revista Mexicana de Antropología*; *Estudios de Cultura Maya*; *Frontiers*; *Americana*; *Tlacatl*; *La Palabra y el Hombre* (UV); *América Indígena*; *Boletín Indigenista*; *Texto Crítico* (UV); *Revista de Difusión Científica, Tecnológica y Humanística* (Tuxtla Gutiérrez, Chis.); *Estela Cultural* (primera época); *Punto y Aparte* (semanario de Xalapa); *Situaciones*; *Revista Mexicana de Cultura*; *Boletín Bibliográfico de Hacienda*; *Nóema*; *La Opinión* (Minatitlán); *El Corno Emplumado*; *Cultura* (El Salvador); *Tinta Indeleble* (suplemento de *El Gráfico*, Xalapa); *Silabario* (suplemento del *Diario A-Z*, Xalapa), *Revista de la Secretaría de Educación* (Tuxtla Gutiérrez, Chis.), *Diario de Xalapa* (Xalapa).

Bibliografía indirecta (selección)

1956 “*Papeles de la Chinantla, I*”, reviewed by A. Kimball Romney, *American Anthropologist*, vol. 58, núm. 4, Menasha, Wisconsin, Estados Unidos, agosto.

- 1966 “Los libros nuevos: narraciones tzeltales de Chiapas”, reseña de Luis Leal, *La Palabra y el Hombre*, núm. 39, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, julio-septiembre.
- 1967 *Diccionario de Escritores Mexicanos*, coord. Aurora M. Ocampo, Centro de Estudios Literarios, UNAM, México.
- 1967 *Cronica de la vida d’Agusti Bartra*, por Anna Murià, Ediciones Martínez Roca, Barcelona.
- 1969 “Os homens verdadeiros”, por Stella Leonardos, *Diário Mercantil*, Juiz de Fora, Minas Gerais, Brasil, 24 de setembro.
- 1971 “Integración del Indio en la Comunidad Nacional”, por Gonzalo Aguirre Beltrán, *El Día*, México, 14 de septiembre.
- 1972 *Who’s Notable in Mexico*, Atty. Lucien F. Lajoie, Editor; Jack D. Myer, Assistant Editor; Dr. Francisco Castillo Nájera, Special Consultant, vol. 1, México.
- 1972 *Chicano Literature (Text and Context)*, by Antonia Castañeda Shular, Tomás Ybarra-Frausto and Joseph Sommers, Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, New Jersey.
- 1975 *Historia del nombre y la fundación de México*, por Gutierre Tibón, Fondo de Cultura Económica, México.
- 1976 *El indio en la narrativa contemporánea de México y Guatemala*, por Lancelot Cowie, Serie Antropología Social, núm. 47, Instituto Nacional Indigenista, México.
- 1979 *La creación literaria en Veracruz*, II, por Miguel Bustos Cerecedo, Editora del Gobierno del Estado, Xalapa, Veracruz.
- 1981 “Carlo Antonio Castro”, *Perfiles de México*, núm. 462, coordinador: Ricardo Cortés Tamayo; retrato

- por Alberto Beltrán, *El Día*, México, sábado 7 de marzo.
- 1985 *Narrativa indigenista en los Estados Unidos y México*, por Cynthia Steele, traducción de Manuel Fernández Perera, Serie de Investigaciones Sociales, núm. 15, Instituto Nacional Indigenista, México.
- 1987 *Enciclopedia de México*, director José Rogelio Álvarez, t. III, E de M, SEP, México.
- 1988 *Diccionario de Escritores Mexicanos siglo XX* (desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días), t. 1 (A-Ch), UNAM, México.
- 1988 “Prólogo” a la segunda edición cubana de *Los peligros del alma*, de Calixta Guiteras Holmes, por Félix Báez-Jorge, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.
- 1988 *La novela indigenista mexicana*, por César Rodríguez Chicharro, Cuadernos del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias, Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz.
- 1989 *Maestros de Veracruz*, por Ángel J. Hermida Ruiz, SEC, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa, Veracruz.
- 1990 *La narrativa indigenista mexicana del siglo XX*, por Sylvia Bigas Torres, Universidad de Guadalajara, Universidad de Puerto Rico, México.
- 1991 *Anales antropológicos 1986*, t. I y II, Facultad de Antropología, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz.
- 1991 “Notas sobre la literatura de Chiapas”, por Jesús Morales Bermúdez, pp. 416-463, *Anuario 1990 del Instituto Chiapaneco de Cultura*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

- 1992 *La voz y su huella (Escritura y conflicto étnico-social en América Latina 1492-1988)*, por Martín Lienhard, Editorial Horizonte, tercera edición, revisada y aumentada, Lima.
- 1993 *A dos tintas: Antropología en debate: In tllilli in tlapalli*, Editores: Boris Berenzon y María Luisa Flores, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM; “Un diálogo desde la etnografía mexicana”, por Andrés Medina.
- 1995 *Rememoración de un instante: creación y recreación*, por V. Antonio Tejeda-Moreno, S y G Editores, Coyoacán, México.
- 1997 *Constancia de Carlo Antonio Castro*, por Raúl Hernández Viveros, Alberto Espejo, Iraís Hernández Suárez, Román Güemes Jiménez, Ángel José Fernández, Félix Báez-Jorge, Libertad Hernández Landa, V. Antonio Tejeda-Moreno, A. Silva Villalobos, Agustí Bartra y Alfonso Fabila, *Cultura de Veracruz*, núm. 15, Xalapa, julio.
- 1997 *Aproximaciones a la poesía y la narrativa de Chiapas*, por Jesús Morales Bermúdez, Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
- 2000 “Carlo Antonio Castro Guevara, decano de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana”, por Raúl Hernández Viveros, *Punto y Aparte*, núm. 1077, Xalapa, Veracruz, 22 de junio.
- 2000 *La otra exactitud. Análisis de la obra poética de Carlo Antonio Castro*, por V. Antonio Tejeda Moreno, S y G Editores, Coyoacán, México, 308 pp.
- 2001 *Las etnias del Estado de Chiapas. Castellанизación y bibliografías*, por Irma Contreras García, UNAM, México.

- 2002 *Dioses, héroes y demonios (avatares en la mitología mesoamericana)*, por Félix Báez-Jorge, Estudios, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz-Llave (Cfr. capítulo V).
- 2003 “Entrevista exclusiva: 1. Don Dorindo y las travesuras de Carlo Antonio Castro, 2. Tzeltal... en peligro de olvidar la verdadera lengua de los hombres”, por Virginia Durán Campollo, *Milenio El Portal*, núm. 415 (2 de septiembre) y 416 (3 de septiembre), Xalapa, Veracruz.
- 2003 *Diccionario bibliográfico de Veracruz (1900-2000)*, por Roberto Peredo, Fundación Colosio Veracruz, A. C., Xalapa, Veracruz.
- 2003 “Entrevista a Carlo Antonio Castro, hombre de ciencia y palabra”, por Rommel Jáuregui, *La Valquiria*, núm. 32, domingo 7 de diciembre, Xalapa, Veracruz.

ÍNDICE

Presentación	7
Introducción	17
Juan José: recuerdos de infancia en Tierra Colorada	21
Rosendo.....	43
Niños a la vera del agua (Acercamiento a la niñez chinanteca)	69
Obra publicada del autor	89

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Raúl Arias Lovillo,
Muchachos de Tlachichilco. Niños a la vera del agua
de Carlo Antonio Castro,
se terminó de imprimir en febrero de 2010,
en Master Copy S. A. de C.V., Avenida Coyoacán 1450,
Col. Del Valle, Del. Benito Juárez, CP 03220,
México, D.F., tel. 55242383.
La edición consta de 500 ejemplares
más sobrantes para reposición.
Se utilizaron tipos CenturyScholbook de 13/16 puntos.
Captura: Martín Alonso Corona Rojas;
formación: Aída Pozos; edición: Nina Crangle.